

AL CALOR DEL FOGON

POEMAS REGIONALES

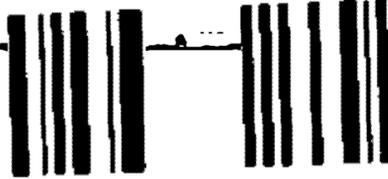


IMPRESORES TIPO=LITOGRAFICOS «ARISTON». — TEGUCIGALPA, D. C., 1955

BIBLIOTECA CENTRAL

No. Gral. 25229

Nº. de Clasificación
B61.4 - L786
CH



429535
2015-Coleccion Libros Raros y Ant

Para el Poeta Dr. Antonio
Nidal M. - con mi felicitación
por su fecunda labor literaria, con
un fraternal abrazo de

David



AL CALOR DEL FOGON



Sembrador y Poeta

Campesino robusto, virilmente bronceado
por el fuego implacable de este sol tropical,
con tu yunta de bueyes y tu rústico arado,
vas trazando en el surco tu poema triunfal.

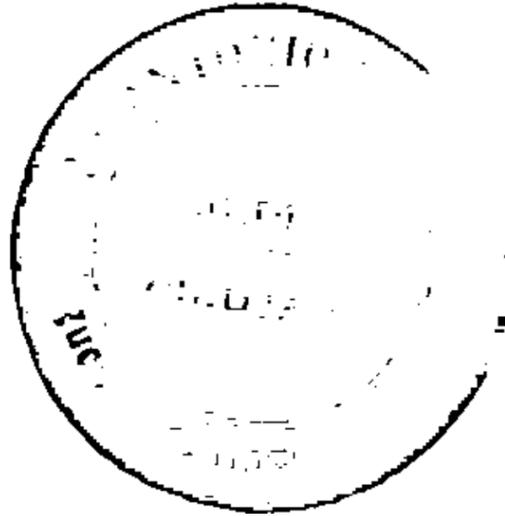
Como tú, campesino, yo me encuentro empeñado.
cultivando los predios de un magnífico ideal;
yo también, dulcemente, voy regando a tu lado
la semilla armoniosa del sutil madrigal.

Tú, al cruzar por la vida, con un gesto sincero,
laborioso y humilde vas surtiendo el granero;
yo brindando a las almas una gota de miel.....

Campesino robusto: soy tu hermano y tu amigo.
¡Si tú vas, mansamente, tras la poma y el trigo,
yo cantando a tu lado voy en pos del laurel.....!



AL CALOR DEL FOGON



Al Marqués de Santillana

*La ví tan hermosa
que apenas creyera
que fuera vaquera
de la Finojosa.*

EL MARQUES DE SANTILLANA

¡Salud, Don Íñigo López de Mendoza!
Bravo caballero de Lira y espada,
tus versos aun huelen a tierra mojada
como tu vaquera de la Finojosa...

Tu moza hermosa sale de su choza
con rumbo a la verde pradera encantada,
y en tus ojos clava su tierna mirada
y tu alma de poeta se hace luminosa...

D A N I E L L A I N E Z

¡Oh, días aquellos, Padre Santillana!
Eglógicos tiempos de vida serrana,
qué bello era el mundo, galante Marqués...

Cómo florecía la verde pradera
cuando por las tardes tu ingenua vaquera
cruzaba descalza del monte al través...

AL CALOR DEL FOGON



D A N I E L L A I N E Z

Serrana



Campesina bella que pasas soñando
con las tonterías de nuestra ciudad,
inconscientemente te estás engañando,
por mí te lo digo que paso llorando,
enfermo incurable de tedio y maldad

Cuando estoy hastiado de mi vida insana
del vil formulismo de la multitud,
vieras cómo ansío tu suerte, serrana,
tu vida apacible de noble cristiana
toda saturada de ingenua virtud

Al clarín sonoro del gallo primero
que anuncia del día su primer albor,
levantarnos juntos, con aire ligero,
y entre los caballos que hay en el potrero
escoger de todos el más andador

AL CALOR DEL FOGÓN

Y en un brote suave confundir la ruta,
ya casi olvidados de la vida real;
y en la fría entraña de la selva hirsuta,
a fuertes pedradas descolgar la fruta
del arbusto para comerla sin sal....

O correr ansiosos hasta la quebrada
en donde tu hermana lava el nixtamal;
y tirarnos sobre la yerba mojada,
y para que coma grama perfumada
a nuestro caballo quitarle el bozal....

Después de un ligero paseo por el llano
regresar alegres al aldeano ambiente,
sobre el fuerte lomo del noble alazano
y ofrecerte, ufano, con mi propia mano,
un huacal colmado de leche caliente....

Y en los aburridos días invernales
cuando afuera recio gima el chaparrón,
oír de tus labios cuentos fantasmales,
sombrias consejas de duendes irreales,
al reconfortante calor del fogón....

Ya ves, serranilla, cómo si viviera
contigo que tienes un alma sencilla,
una mente sana y una fe sincera,
yo fuera un retoño de la Primavera
en la paz augusta de la serranía.

D A N I E L L A I N E Z



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE HONDURAS
DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA CENTRAL
Tegucigalpa, Honduras

AL CALOR DEL FOGON

Pa' qué venís con cuentos.

Pa' qué venís con cuentos
si toitíto en el mundo se sabe.
Si ya supe de juente bien cierta
que vivís con el renco Macario.
El mesmito lo dijo antenoche
al salir del estanco, borracho.

Secáte esas lágrimas,
no me digás ya nada.
Ya no creigo en promesas,
ya no creigo en palabras.
Por el diablo. ¡Calláte!
¡No me vengás con cuentos.!



D A N I E L L A I N E Z

Pa'qué'l cura se sintiera contento,
y la gente del pueblo bailara a sus anchas,
rompopo del juerte y mixtela mercaba;
y con pino fresquito que truje del cerro
mi rancho adornaba,
que un casorio sin tragos,
ni son de guitarras,
casimente es lo mismo
como un cuerpo sin alma....

Y hoy venís con tus cosas,
con tus lágrimas tristes
que son inventadas....
Ya no creigo en promesas,
ya no creigo en palabras....
Todas dicen lo mismo,
porque todas son falsas....
Secáte esas lágrimas,
no me digás ya nada, Jesús, Mari'José!
Por el diantre.... ¡Calláte!
no me vengás con cuentos ...!

AL CALOR DEL FOGON



D A N I E L L A I N E Z

Agora ye's tarde

Eran bien fundados todos mis temores;
que vayan al diantre todos los doctores
con sus polquerías, que agora ye's tarde...

Agora ye's tarde,
querida hermanita,
ya duerme pa'siempre nuestra magresita.

Botá toititas esas medecinas;
guindá de las puertas las negras cortinas;
pero antes de todo
ayudáme a vestirla de cualesquier modo...

Pongámole aquella brillante camisa
que trujo del pueblo en la feria pasada,
aquella camisa
de seda floreada.



AL CALOR DEL FOGON

Pongámole aquellas enaguas de lana,
que el día'e su santo le trujo ña Juana;
y el escapulario,
y aquel collarcito de negros pacones
con qué'lla mesmita rezaba el rosario
a toititos los santos de sus devociones...

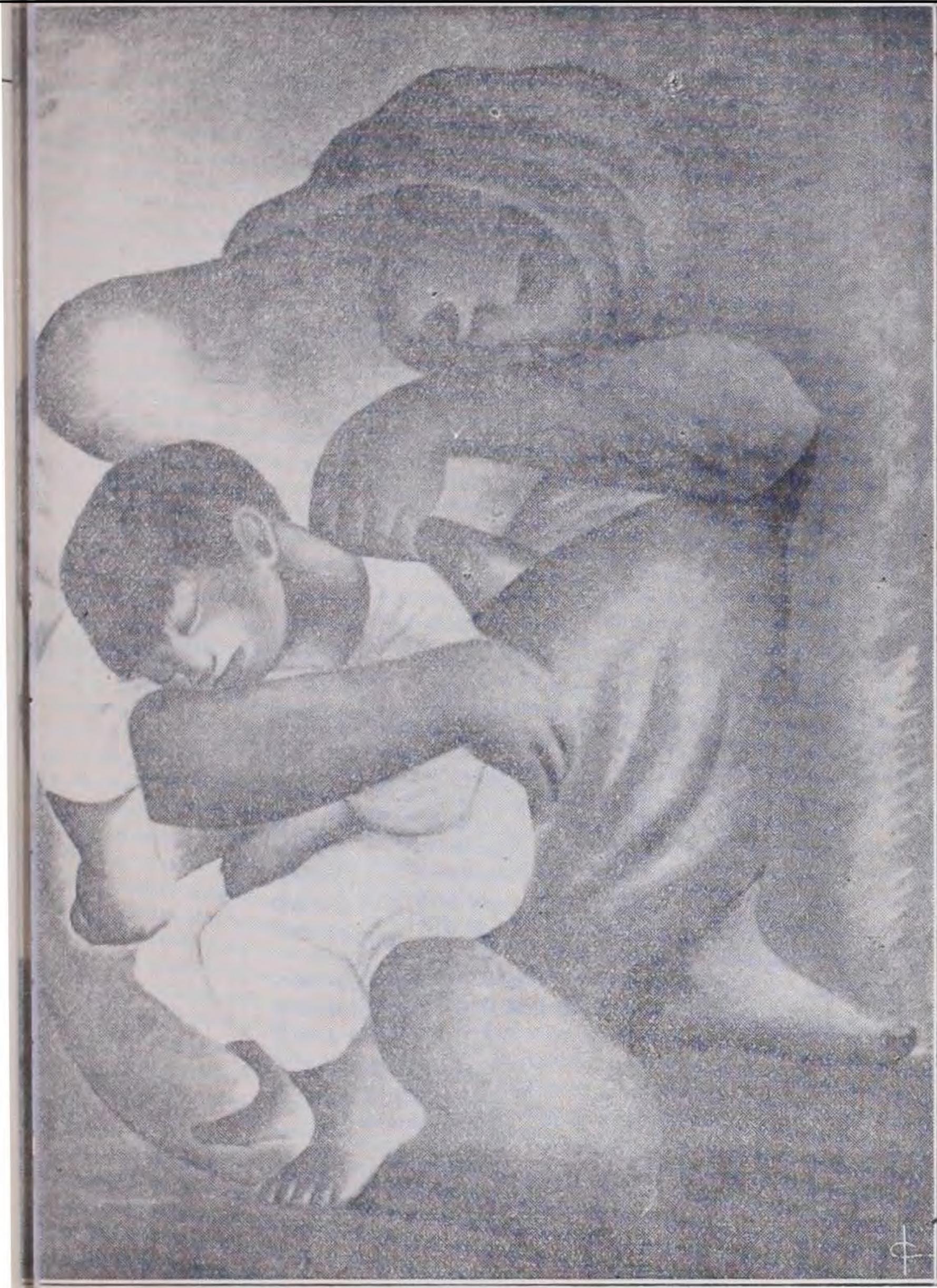
Bien te lo decía
que al brincar la luna se nos morería...,
ya lo presentía,
querida hermanita,
ya lo presentía...

La gallina zapa toitita la noche pasó cacareando;
qué tristes cantaban los gallos en los corredores...
Toitita la noche
pasaron cantando,
toitita la noche...

¡Qué noche tan triste, tan larga y oscura!
Mi cuerpo temblaba de justos temores,
pos ya presentía
que al brincar la luna se nos morería...

¡Sé juerte, hermanita, no seas cobarde!
Yo voy ora mesmo a'brir la sipultura...
Y si acaso se asoman po'aquí los doctores,
decíles llorando que agora ye's tarde...
¡Que vayan al diantre con sus medecinas!
Decíles qué's tarde, querida hermanita...
¡Que duerma pa'siempre nuestra magresita!

D A N I E L L A I N E Z



AL CALOR DEL FOGON

Me dicen las gentes,
para consolarme,
que mi criaturita
no se morirá ,
que indudablemente
son los modimientos,
que al echar los dientes
se me aliviará
Virgencita güena,
dulce virgencita,
aliviá un tantito
mi fatal dolor.
Si me lo rescatas
me iré de rodillas
desde la posada
al Altar Mayor

Toititos los años
te trairé contenta,
rojos y fresquitos
ramos de alelí;
y el primer ternero
que para la vaca,
dulce virgencita,
será para tí.

Virgencita güena,
dulce virgencita,
en esta hora triste
me encomiendo a tí
Sarva a miunicu'ijo
que se está muriendo,
dulce virgencita,
¡Ten piedad de mí!

D A N I E L L A I N E Z

Presentimiento

¿Te has fijao agüelita?, Manuelito ha cambiado,
lo hey mirado muy triste por la milpa vagar....
Yo creigo que el tonto si'á inamorado
de alguna catrina que lo ha de ingañar.

Yo no sé lo que tiene, sólo pasa enojado,
le fastidia el trabajo, no le gusta ordeñar,
ya no quiere ponerse el calzón remendado,
y todo su encanto es salir a pasear.....

AL CALOR DEL FOGON

Tiene en venta la vaca, y también el ternero,
pos según me contó necesita dinero
pa' un buen vestido que quiere mercar.....

Pobrecito mi hermano, está bien delgado,
yo creigo que el tonto si'á enamorado
de alguna catrina que lo ha de ingañar.....

D A N I E L L A I N E Z

Venganza

Bebamos, Anselmo, la vida es muy dura,
fijáte que Amparo de casa se jué,
se jué porque quiso, jué pura locura,
se jué para el pueblo, no sé ni por qué.....

La casa está sola, ya naide la cuida,
muy triste ha quedado mi perro Sultán,
ya no hay quien ordeñe la vaca parida,
ya extraña su falta mi potro alazán.

AL CALOR DEL FOGON

Trabaja —me dicen— en un restaurante,
que está muy hermosa, que viste elegante
y que ciertas noches al triato se va.....

Bebamos, Anselmo, ¿qué importa la Amparo?
¡Yo sé que algún día, con todo descaro,
con frío y hambrienta a mi choza vendrá.....

D A N I E L L A I N E Z



Antoñito

Yo detesto de muerte a los hombres maicones!
¿Qué tenés Antoñito? ¿Es que tián despreciao?
No seas tan neneque, con esos lagrimones
paeces el mesmito Señor Crucificao.....

Aprendé de yo, Antoño, por algo usás calzones,
delante e' las mujeres nunca pidás cacao.....,
ayer yo me incontraba en esas condiciones,
y hoy ya me vés tan fresco y tan despriocupado.....

AL CALOR DEL FOGON

Hoy tenés que olvidarla, así lo creigo al menos,
que se traigan agora otros dos tragos güenos,
de cususa o de chicha, y otros dos catamales.....

Sé juerte, amigo mío, olvidá esos querereres,
no te acordés ya nunca que existen las mujeres,
que al fin y al cabo, Antoño, toitítas son iguales.....

D A N I E L L A I N E Z

Celos

Este Policarpio ya dió con mi negra,
con ella en el rancho lo acabo de ver.....
¡Ay, hombre, si vieras, ya nada me alegra!
Por Dios, Sinforoso, yo no hallo qué hacer.....

No acabo de creer, cuál será la cachicha,
que con yo se manija ese gran puñetero,
cuando los domingos, se embola con chicha,
me mira de reajo y se arrisca el sombrero.

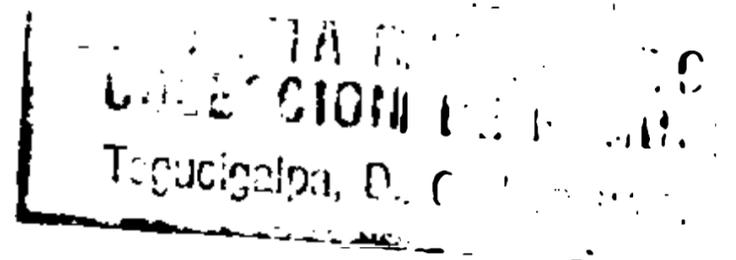
AL CALOR DEL FOGON

Ese indio es fregado, es de pelo en pecho,
y, pá'tunantear....., ¡es derecho!
Ninguna mujer se le sabe escapar.....

Yo nunca le juyo cuando anda chupando,
si ese indio zamarro me sigue amolando
un par de plomazos le voy a zampar.....

D A N I E L L A I N E Z

REGISTRACION AUTOMATICA



oy tan sencillo

Soy tan sentimental y tan sencillo,
que ambiciono la paz del ermitaño;
deseo ser, a veces, un joven pastorcillo,
y guiar tranquilamente un bíblico rebaño...

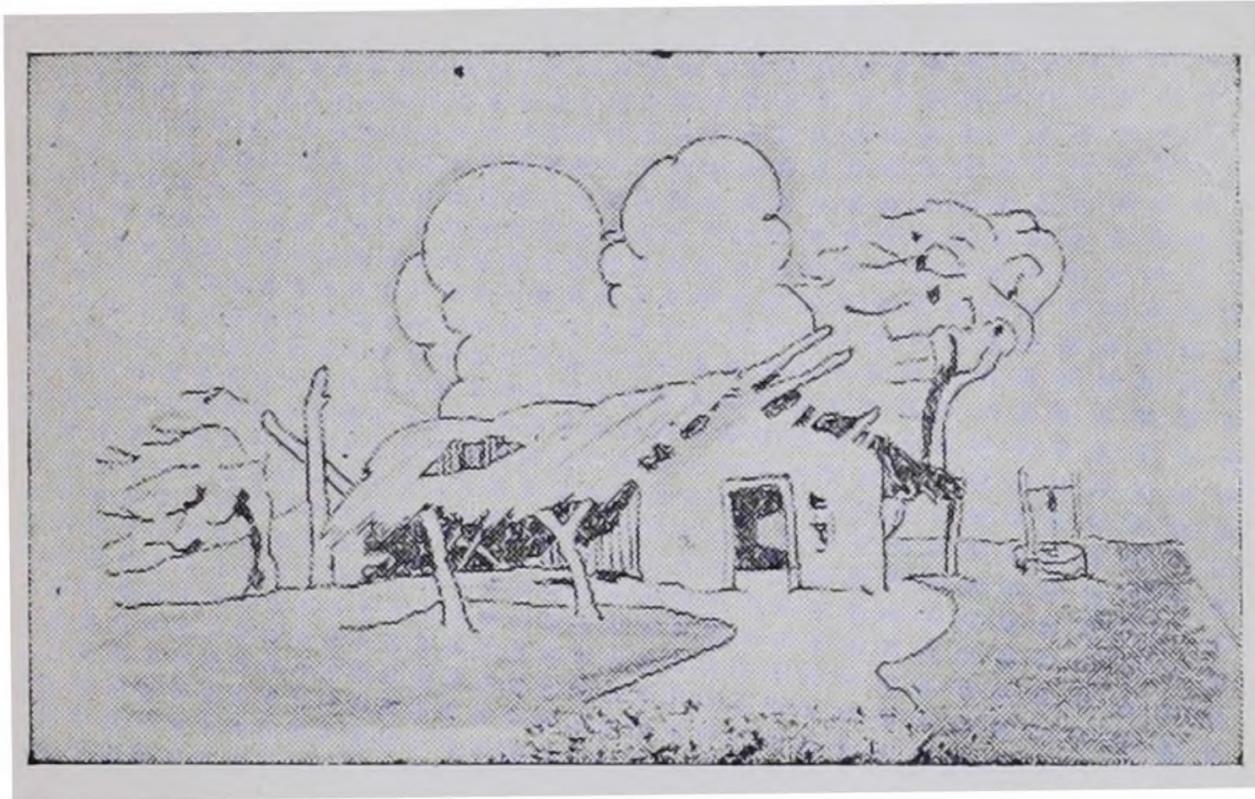
Amo la placidez del campo... Quisiera
vivir alegremente en la montaña, y tener
una choza tranquila, una vaca lechera
y una cándida criolla que me sepa querer...

AL CALOR DEL FOGON

En las amanecidas correr por los maizales,
oyendo el dulce canto que entonan los zorzales,
y cabalgar por los llanos a galope tendido...

por la noche, de la luna a los pálidos reflejos,
narrar absurdos cuentos de duendes y cadejos
o de difuntos tristes que se han aparecido...

D A N I E L L A I N E Z



AL CALOR DEL FOGON

La muchacha del rancho tiene grandes los ojos,
unos pies tan pequeños y unos labios tan rojos
que más parece llevar en la boca una flor . . .

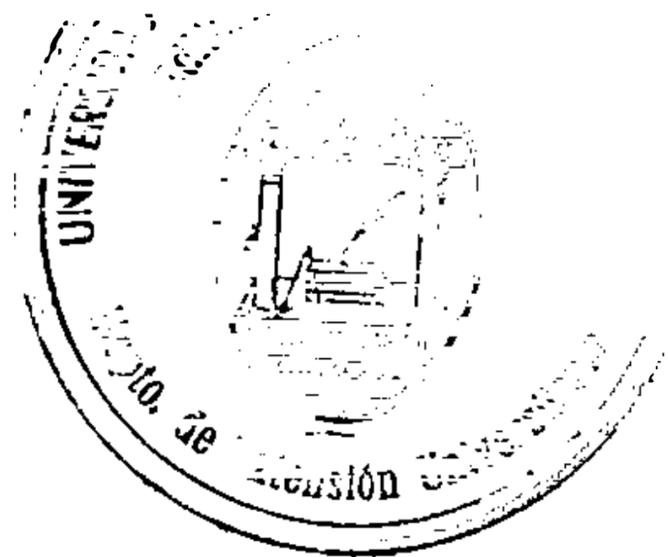
La muchacha del rancho es tan buena cristiana,
que, al llamar a los fieles la sonora campana,
baja siempre del rancho a oír Misa Mayor.

D A N I E L L A I N E Z

Aldeanita

Aldeanita franca y buena,
de ojos color de ilusión,
dí, muchachita, ¿qué pena
embarga tu corazón?

¿Para tu mal no hay remedio?
¿Qué tienes, dí, ¡por piedad!
¿Sabe tu almita del tedio
que reina allá en la ciudad?



AL CALOR DEL FOGON

Ingenua y dulce aldeanita,
de ojos color de ilusión:
¿Qué sueña tu cabecita?
¿Qué siente tu corazón?

¡Aldeanita delicada
de los labios de rubí,
si no estás enamorada,
enamórate de mí!

Día de difuntos en la aldea

El Cementerio aldeano hoy se vió concurrido,
—estaba ya habituado a la desolación—
la mujer de don Timo llegó metiendo ruido,
lo mismo que la viuda del rudo Pantaleón.

Gritaba la Colacha: —¡Pobre de mi marido!
¡Cómo estará de triste adentro del cajón!
Mientras tanto Casiano, con rostro compungido,
se fuma su cigarro con gran resignación.

AL CALOR DEL FOGON

Fresca, lozana y pura, llegó una muchachota,
y Casiano dejando su tristeza devota
con aire donjuanesco la empezó a piropear....

Y la mujer de Timo, y la viuda de Panta,
y la misma Colacha a quien nada le espanta,
pusieron, azoradas, muy quedo a cuchichear....

La Romería de Juan

Señor de Esquipulas, yo vengo de lejos;
de allá de mi rancho qu'está tras del cerro....
¡Tres días andando y tres noches pa'verte!
Pa, verte tan triste, tan sacrificao,
tan afligiíto...., pero siempre güeno,
güeno con el rico, también con el pogra.
No vino Petrona...., tu sierva Petrona....,
¡Cómo ansiaba verte mi pobre señora!
Murió de este parto. ¡D'este parto macho!
porque va a ser hombre iguar que su pagre!
Mirálo que asiado, mirálo qué hermoso;
qué negras las mechas...., qué linces los ojos.
Por eso lo treigo, po'eso dejamos el rancho,
tres días andando y tres noches pa' verte;
pa'que me lo mires comuijo de tu arma,
ya que no pudiste sarvarmela a ella....

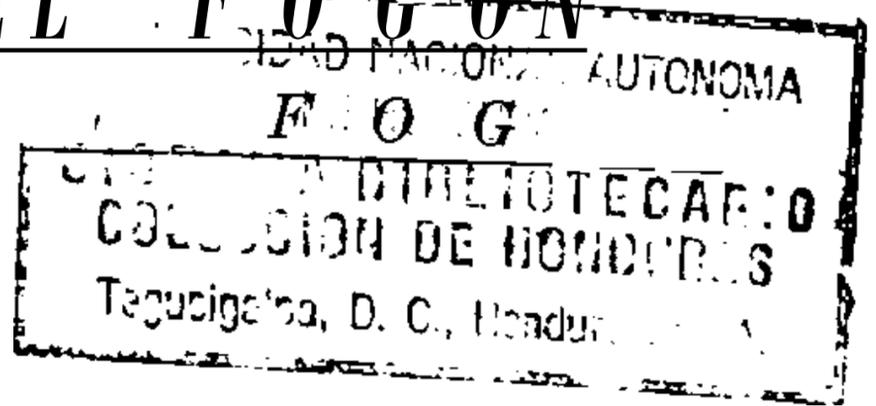
AL CALOR DEL FOGÓN

Señor de mi ánima ¡Qué farta me jace!
Qué farta, que farta Los dos siempre juntos;
los dos a la huerta, los dos al mercado,
los dos al comercio del pueblo cercano,
los dos en las jiestas, los dos trabajando;
y agora, yo solo sin ella, decíme, ¿qué jago?,
¿qué jago con esta criatura yo solo en los brazos?
¡Cómo ansiaba verte mi pobre Petrona!
Cómo le brincaban los ojos ¡Como le brincaban
cuando yo en su cama tu nombre mentaba!
Y nunca ¡ay! la pobre pudo conocerte
más que en una estampa que halló no sé donde.
Señor de mi ánima: si vos que sos justo,
si vos que sos güeno la hubieras mirado,
siguro, siguro, la hubieras sarvado
Ella era tan chula ¡Si la hubieras visto!
Si vieras, tan linda como aquella Virgen
que está en el rincón del altar de la iglesia;
y tan durce, tan durce la indina,
como los zarciles que truje del cerro
Y cómo sonreiba la pobre cuando en el invierno,
y al calor del jogón que prendíamos juntos,
puntiaba pa' ella, y ¡sólo pa' ella! bajito,
mi pobre guitarra que daba quejíos tan jondos,
¡tan jondos! que más paecían quejíos de pena,
¡que más paecían sollozos del alma!
Pagre nuestro que estás en los cielos,
y en esta iglesita milagrienta del pueblo:
¡Cuidámelo mucho ques éntico a ella!

D A N I E L L A I N E Z



AL CALOR DEL FOGÓN



Recoja usted su arado...

Patrón,
allá queda el arado
en el hediondo patio de su rancho;
y allá quedan también los güelles tristes
que ya con yo los pobres se habían encariñado....
¡Toy jarto de injusticias!
Usted no sabe, patrón, lo qué es este trabajo.
¡Mandar...., mandar...., mandar....
cualquiera puede, patrón, cualquiera puede.

Puede gritar cualquiera pataliando de cólera;
decir: esto está sucio.... ¡Limpiálo puñetero!
Se está cayendo el cerco, andáte a levantarlo,
andá a ordeñar la vaca.... ¡Andá cuidá la milpa!
¡Andá cuidá el ternero!
Cualquiera puede, patrón, eso es muy fácil....
Estar, en todo.... ¡En todo, patrón, eso es difícil!....

D A N I E L L A I N E Z

Y sin embargo,
yo siempre he estado atento a los quehaceres de la casa;
siempre quedando bien con su señora
y con sus mismos hijos....
Que digan si alguna vez el indio Pancho
se ha reseedido a hacer algún mandado,
o si en la loma alguna vez lo han visto
durmiendo panza arriba en la sabana;
que digan ellos mismos si es mentira
o es verdá lo que aquí le'stoy contando....
Y mal comido, patrón,
¡y pior pagado!

Y ustedé,
me trata de haragán y de mañoso,
y muy poquita cosa le ha faltado
pa'agarrarme también a macanazos....
Dios lu'biera librado, Dios
sabe lo qu'iace, patrón;
que nosotros los piones somos güenos,
cuando güenos también son los patrones.

¡Recoja ustedé su arado,
sus güelles y su rancho!

AL CALOR DEL FOGON

Me van a pelder el miedo

(DIALOGO PENITENCIARIO)

—¿Qué tal tiáido Cupertino?

—¡Un poco bien, Adalberto!

—¿Puedo saber tan siquiera qué santo está resudando?

—Pos hablando con franqueza, yo ya te hacía bien muerto.

—Después de Dios y el doctor, puedo seguir respirando...

—¿Y los heridos?

—¡Murieron!

—¡Dáme por Dios, un abrazo!

Por fin nos diste una muestra que no sos manco ni cojo;

pero antes quiero saber: ¿qué tal seguís del balazo?

—¿Del balazo? Por nainas pierdo hasta el ojo...

D A N I E L L A I N E Z

—¿Y qué tal suerte has tenido en esta cárcel jedionda?
¿Estos grandes puñeteros, decíme, no te han bruñado?
—¡Bá, si grito o si pataleyo, de todos no hay quien responda,
serán muy gallos los cheros, pero con yo se han jodido...

Aquí estoy como olvidado de los mesmitos parientes;
¡el que conoce el presidio sabe lo que es el infierno!
A yo si que me caye al pelo el refrán de aquellas gentes:
que el que nace pa'olote aunque le haga buen invierno.

Jué llegando y un tal Juan, de apellido Cuagrapasos,
me encasquetó por mal nombre «Cupertinito el Montuno»;
yo, sin pedirle explicaciones, le receté dos vergazos,
que'ay que darse a respetar... ¡si no se montan en uno!

Pa'jugar soy casi maistro, ni el más pintado me gana,
parada que caye en mesa de segurito que es mía...
Cuando miro que estoy muerto, les rempujo una jarana,
y a los cheros que se pican les aviento una golilla...

Y la milpa, vos, contáme, ya debe estar en jilote;
pos la sembré el mismo día con la del ñato Agustín.
—¡Qué pregunta más babosa! vos te has volvido un cipote;
la milpa ya crecilita se la comió el chapulín...

—¿Y mi negra, vos decíme, aquella negra tan güena
que todas las mañanas me esperaba en la quebrada?
—¿Tu negra? Güeno, tu negra... el ñeto de Magdalena
se la sacó hace dos meses... ¡Y ya la tiene preñada!

AL CALOR DEL FOGON

—Yo nunca creiba, ¡te juro! que juera tan descarada, qué negra tan hijepuerca... ¡fijáte vos, Adalberto!

—La negra no tuvo culpa, no tuvo culpa de nada, pos como yo, Cupertino, la pobre te hacía ya muerto...

—¡Y mi magre, sí, mi magre... aquella pobre ancianita, que se quedó triste y sola el día de la emboscada?

—El día de la emboscada, tu viejita... ¡tu viejita! pa'contarte cosas tristes... mejor no te cuento nada.

—¡Pero cómo Cupertino, todo un hombrón y llorando? Todo eso lo hubieras visto para meterte a este enredo...

—Tapáme vos, Adalberto, que si me miran llorando, que si me miran llorando, me van a pelder el miedo...



D A N I E L L A I N E Z



AL CALOR DEL FOGÓN

Romance de la ranchera ilusionada

Por el camino manchado
de aves viajeras y sol,
viene la niña María
tejiendo ensueños de amor....

Viene pintando paisajes
con su alba imaginación:
una casita coqueta,
llena de paz y de amor.

Pinta paisajes María
con su alba imaginación:
un maridito celoso,
cuando menos, Profesor....

Se cansó ya de la aldea,
la aldea en donde nació;
sólo cortéjanla mozos
renegridos por el sol.

El corral y la vacada,
todo, todo le aburrió;
ni le alegraban las coplas
que entonaban en su loor.

Sueña con cines, María,
con modernismo y confort;
con manicuras graciosas
y peinados a la bob.

Por el camino manchado
de aves viajeras y sol
María llega a la urbe,
lugar de su perdición.

Tiendas, mesones, cantinas,
en todo encuentra dolor;
en todo rostro ve burlas
humedecidas de alcohol.

Frases groseras que cortan
la más ingenua intención;
y señores sifilíticos
que pagan bien el amor.....

Por el camino manchado
de aves viajeras y sol,
María vuelve a la aldea
cargando un nuevo dolor.....

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE HONDURAS
DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA CENTRAL

Tegucigalpa, D. C., Honduras, C. A.

AL CALOR DEL FOGON



Hoy entró la Primavera a la Ciudad

Hoy entró la Primavera
en la cabeza ovalada
de una humilde canastera . . .

La calle, triste y callada,
se ha llenado de colores
y ha quedado perfumada . . .

Y hasta el alma del paisaje
— como una gitana mora —
se vistió su mejor traje.

AL CALOR DEL FOGÓN

Bendita tú, campesina,
que has enflorado el balcón
de mi divina vecina . . .

Primavera, dulce ilusión,
tú también hoy has entrado
temblando en mi corazón . . .

También entró a la Oficina

Hoy se enfloró la oficina
con tus encantos, muchacha,
de casta y grácil ondina

La máquina de escribir,
al contacto de tus manos,
se ha echado luego a reír.

Qué risa más parlotería
la de la máquina, niña
¡Ríe la oficina entera!

AL CALOR DEL FOGÓN

Si me pudieras decir:
¿por qué todo lo que tocas
se echa de pronto a reír?

Ten de mi ser compasión:
toca mi boca, muchacha,
y toca mi corazón

D A N I E L L A I N E Z

Que suerte tuviste . . .

De los colores, gitana,
sólo me gusta el moreno
porque es el que te engalana.

Tu cabellera moruna
se vuelve como la plata
cuando lo baña la luna.

Barrio: ¡qué suerte tuviste!;
antes de haber venido ella
yo te encontraba más triste.

AL CALOR DEL FOGON

Más triste y más desolado . . .
Hoy con sólo su presencia
todo se halla iluminado . . .

De los colores, gitana,
sólo me gusta el moreno
porque es el que te engalana.

D A N I E L L A I N E Z

Quando tú sales de Misa

Quando tú sales de Misa
el atrio se hace fulgores
y se perfuma la brisa.....

Brisa que se aromatiza
como un limonero en flor
cuando le das tu sonrisa.

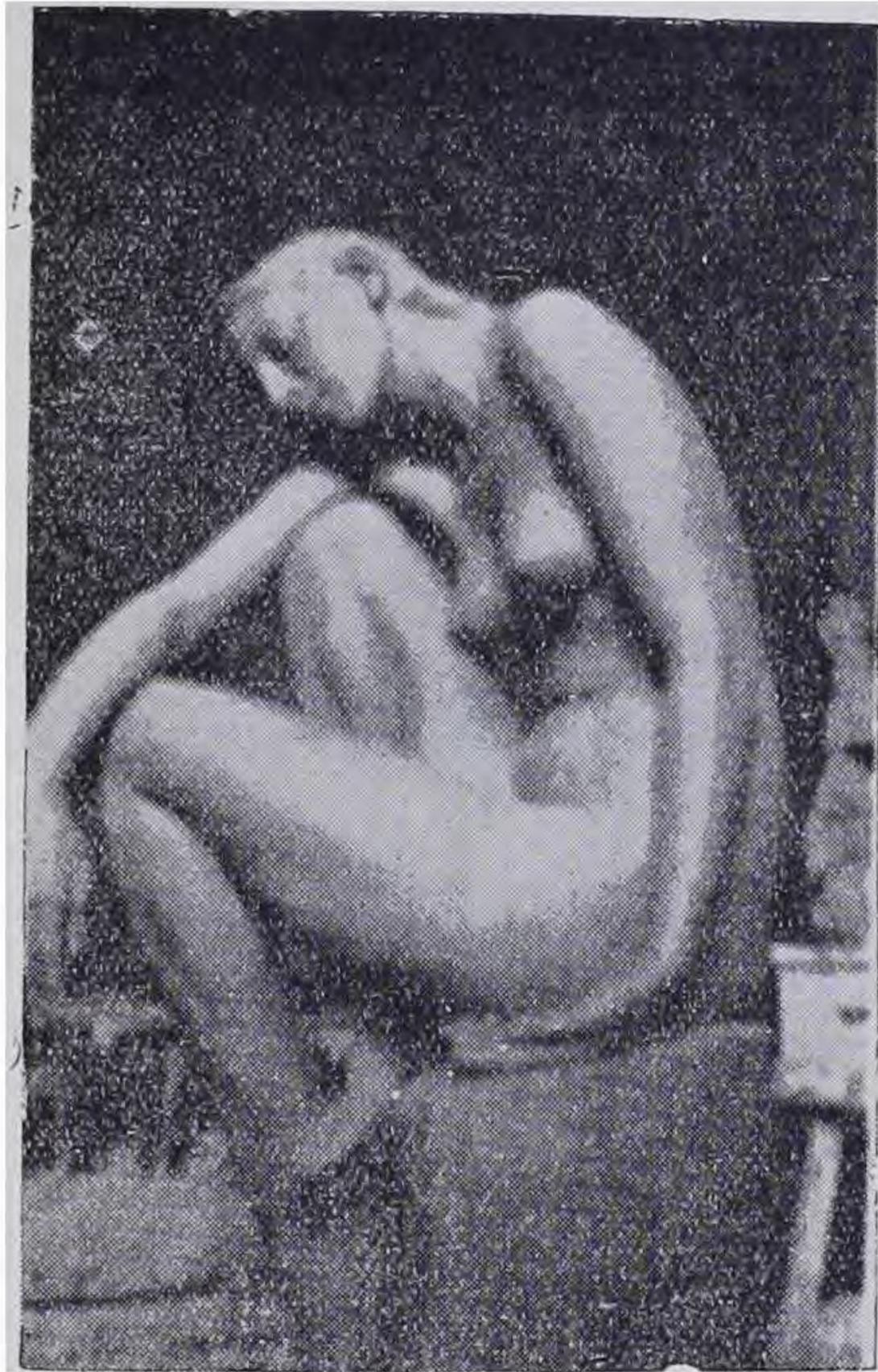
Quando tu boca deslía
la oración hacia el Creador,
el Crucifijo sonrío.....

AL CALOR DEL FOGON

Quiero que hagas penitencia
por mis desvíos pasados
y por mi loca existencia.

Por mi alma tímida reza,
y reza por mis dolores
y por mi enorme tristeza.....

D A N I E L L A I N E Z



AL CALOR DEL FOGON

Elogio lírico a la humildad de la tortilla . . .

Tortilla,
suave tortilla humilde,
humilde y simple como el agua;
huérfana de alabanzas
como la vida misma de los parias.

¡Voy a cantarte!
Nadie te ha dicho nada,
nada
Se le ha cantado al río,
al árbol,
al pájaro;
pero a tí,
a tí te han olvidado

D A N I E L L A I N E Z

Estamos frente a frente:
yo te contemplo estático;
sobre el lino impoluto de mi mesa
pareces una luna tibia y blanca
Compañera inseparable de los pobres,
sangre de nuestra sangre,
vida de nuestra vida,
consuelo de los tristes,
muralla contra el hambre,
tortilla,
¡bendita seas!

Tu sabor es simple,
mas no es simple tu historia:
yo he visto al indio nuestro
cómo se encorva para abrir el surco
sobre la tierra que se muestra indócil,
y cómo va regando la semilla
que luego con amor sepulta.
¿Después?
La ansiedad, la espera,
la zozobra continúa
Oraciones porque el agua caiga
sobre los campos resecaos.
Por fin el agua se desprende,
próvida,
y el maiz revienta.
¡Nuevos cuidados
y oraciones nuevas!
El chapulín,
el viento
¡La inquietud!
¡La espera!

AL CALOR DEL FOGON

Y emprende nueva guerra a los zanates,
y triunfa y se emborracha
con chicha que del maíz
él mismo saca;
Pero en las manos de nuestra hembra amada
se santifica el grano y transfigura....

Eres hija del maíz,
tortilla clara.
Estamos frente a frente
y no encuentro una voz para alabarte....
Sobre el lino impoluto de mi mesa
pareces una hostia tibia y blanca....
De ese maíz tan blanco,
tan puro y fino
como los dientes de mi novia casta....

Tortilla:
tú vas a la sierra
en el morral del indio
que se encamina a trabajar cual bestia;
tú en el bolsón del peregrino errante
y en la mochila del soldado fiero;
en las manos del mendigo tú eres vida,
y en las del poeta triste, tú eres canto....

Por eso,
yo te contemplo estático.
Sobre el lino impoluto de mi mesa
pareces una hostia tibia y blanca....

D A N I E L L A I N E Z

Compañera inseparable de los pobres,
sangre de nuestra sangre,
vida de nuestra vida,
consuelo de los tristes,
muralla contra el hambre,
tortilla:
¡Bendita seas!
¡Sé bendita,
tortilla clara!
¡músculo y sangre de mi heroica raza!

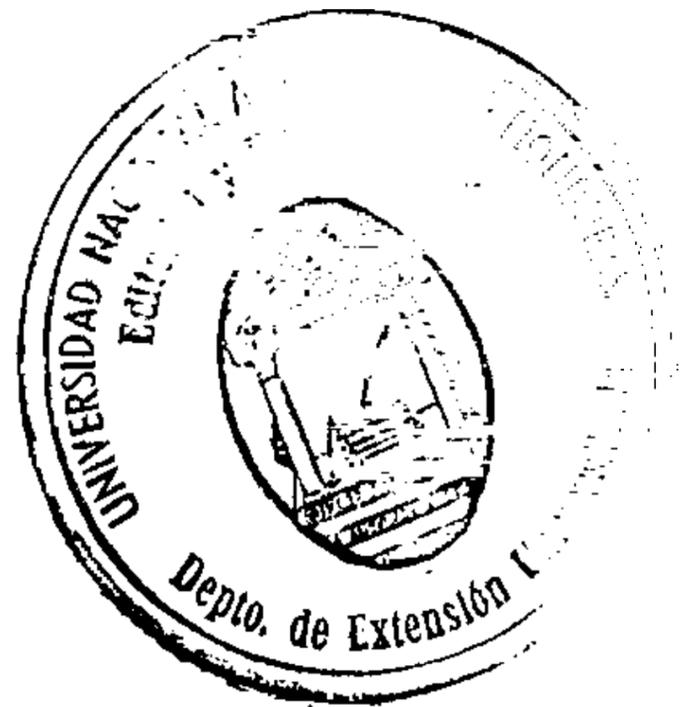
AL CALOR DEL FOGÓN

Primavera

De nuevo llega la Primavera
con su fragante vegetación.
Cae una brisa fina y ligera,
hay nuevos trinos en la pradera
y nuevas rosas en mi balcón.

En las montañas esplendorosas
flotan perfumes por el vergel.
Sobre los lirios, sobre las rosas
vuela un enjambre de mariposas
de mil colores libando miel.

Hay nuevos nidos en los ramajes,
los limoneros están en flor.
Con sus espumas tejiendo encajes
murmura el río... y en los boscajes
rима sus trovas un ruiseñor.



D A N I E L L A I N E Z

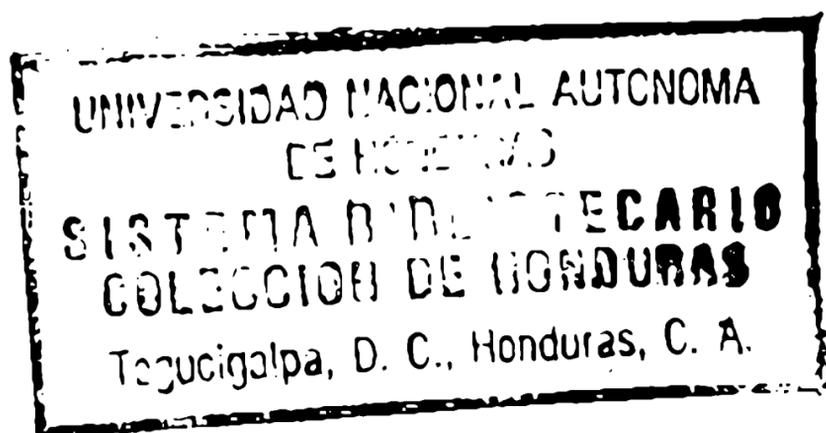
Una paloma sale volando
de la espesura de un matorral;
y a una muchacha que está ordeñando
a grandes voces la está llamando
un campesino desde el corral.

Dos niños juegan cual serafines
en la cabaña de un labrador.
Un gallo canta, y en los jardines
las margaritas y los jazmines,
entrelazados, tiemblan de amor.

Derrocha el bosque sus sinfonías...
Y bajo este cielo de esplendidez,
mi alma se llena de nostalgias,
¡Oh, si volvieran los dulces días,
los dulces días de mi niñez...!

AL CALOR DEL FOGON





TIMOTEO SE DIVIERTE



(JUGUETE COMICO)

TARDE DE DICIEMBRE. Una llanura verde suavemente dorada por los rayos de un sol desfalleciente. A lo lejos, una casita humilde abre sus puertas al viajero. Un hombre con pasos cansinos machaca con sus caites la grama del sendero. Llega a la choza y saluda respetuosamente:

TIMOTEO.—Muy güenas, ña Felipa.

FELIPA.—Muy güenas, ñor Timo, pase pa'lante que aquí nuay chuchos bravos, y que diaberlos a sus respetos le lamberían los caites.... Siéntese aunquisea en ese cajón de gasolina siesque no va de paso, que quien descansa —como dice el dicho— su mal espanta....

AL CALOR DEL FOGON

TIMOTEO.—¡Gracias, ña Felipa, gracias! Usté siempre con sus dichos. L'otra vez que pasé por aquí liaprendí aquel otro de “quien nace pa'olote aunque luintierren sentao....”

FELIPA.—¡Ah, Timo! Algo siaprende en el monte. Pero dígame: ¿que tal le jué en la jeria?

TIMOTEO.—Mal, ña Felipa, muy mal....

FELIPA.—¿Y eso? ¡No dijo que iba a la divierta!

TIMOTEO.—Ya ve. El hombre propone y la cususa dispone....

FELIPA.—Jéiiii...., ya ve que usté también sabe sus cuatro babosadas....; pues yo le endilgaré otro decir, y es que quien con lo ajeno se viste se lo lleva la polecía....

TIMOTEO.—¡No, no....y no! No me mencione la polecía, que ese dicho me parece una alusión personera....!

FELIPA.—No, ñor Timo, no. Ese es un simple decir. A Dios gracias mi intención es tan reuta como palo e pino y tan limpia como chancha en chiquero e rico.... ¡Quis eso! Andemos juntos menos revolvidos....

TIMOTEO.—Güeno. Eso se bota. Le contaré lo de la jeria y usté me dará su rasonación.

FELIPA.—Lu oigo, ñor Timo, lu oigo. ¡Dele pa'lante!

TIMOTEO.—Pues verá, ña Felipa, cuando intré en la ciudá y'estaban prendidas las luces....

FELIPA.—¡Pero si jué que se jué muy tarde! Cuando pasó po'aquí y a el sol le quemaba a uno la calabaza, tal estaba de centrao en el cielo.

TIMOTEO.—Pues mire, ña Felipa; y'estaban encendidos los ecotes eléutricos, y cuando llegué a la plaza paecía que'staban tostando punches, pues era un cueterío de once mil diablos, y, !pun...., pao...., pun....,

pao , y juiiiiiiii. Pao , pao !; aquéllo me dejó medio surumbo, viera que sodoma ¡Viera ! ¡Los chicles!, ¡tamales pisques!, ¡los ponches calientes . . . !, ¡tire al traido!, y juiiiiiiii, pao, pao . . . ; aquello me dejó surumbo y medio, ña Felipa, no le miento , surumbo y medio me dejaron

FELIPA.—Así es en esas partes, ñor Timo, así es; cuando mi Polo va a esas diviertas viene medio loco , y pasan meses y meses y él contándome cosas y cosas hasta que me enfadeya y lo mando a freir choclos.

TIMOTEO.—Pero verá: luego me juí reponiendo de mi dundera y me jué gustando aquella murundanga , y juí sintiéndome aconfianzado

FELIPA.—Pero si usted así ha sido toito el tiempo, muy aconfianzado; uno le da la mano y usted se coje hasta las tortillas del calabazo

TIMOTEO.—¡Ya va usted con sus dichos!

FELIPA.—Siga, ñor Timo, siga. Ese es un decir que si no lo digo me puede chamuscar el galillo.

TIMOTEO.—Pues verá: salió una especie de toro incendiado tirando fuego hasta por los mismos ojos y envistiendo a la gente. Yo safé de juida y en mi correr me llevé de incuentro una bateya di'asaber qué cosas, y juí a refugiarme a un chinambo

FELIPA.—¡Jesús, María y José!, ñor Timo; sin duda el espíritu del Malo andaba soltado

TIMOTEO.—Estando ya salvado en el chinambo, gritó un güirro: ¡Ese jué , ese jué !, y me señalaba a yo. “Págueme o lo mando!” —gritó una señora—. “Son cuatro riales de pérdida”. ¡Y qu'ise cré?: pagarle los cuatro riales, afígúrese.

FELIPA.—¡Señor de las Misericordias! Ustedes los hombres sólo salen a botar la malanga

AL CALOR DEL FOGON

TIMOTEO.—Bueno, ña Felipa, la malanga siáce...., ¡créigamelo que siáce!

FELIPA.—Claro que siáce, pero da lástima botarla. Así es también mi Polo: el año pasado se jué también a una divierta; llevaba en el bolsillo de la faja seis riales en puros cinquitos. Regresó ya uscuriendo y bastante enchichao. Yo lo bolsié, ¿y sabe? Ya sólo traiba dos riales.... ¡Qué bárbaros! Siabía pasiado en cuatro el muy sinvergüenza. Peo que se dé gusto, el pobre pasa pindoleándose las pa'la comida de toititos.

TIMOTEO.—Así somos nosotros, ña Felipa, así somos. Sólo el patuleto de la ñata Fermina sies duro pa'bolsiarse. L'otro día que juimos al Quibracho, júre que quiso comprar dos de dulce pa tomar agua. Prefirió verme comer.... ¡Papo, qui'hombre!

FELIPA.—Tiene a quien salir, ñor Timo, así era el tata. Prefería amarrarse los caites con bejucos que mercar un par de correyas....

TIMOTEO.—¡Púnchica! Usté cuando se pone a mermurar como que's pior que yo....; ¡juai....!, ¡juaiiii....!, ¡juaiiiiiii....!

FELIPA.—Quién sabe, ñor Timo, ¡quién sabe! Usté nues chiches.... ¡Juí....!, ¡juí....!, ¡juiiiiii....!

TIMOTEO.—¡Vaya! Nos estamos alegrando....

FELIPA.—Mejor quiasí seya, verdá; mejor quiasí seya; porque lo que's usté veniya un poco atristurado....

TIMOTEO.—Verídico, ña Felipa, verídico.... Pues bien: le voy a seguir historiando mi caso, como dicen en la ciudad los sabiudos o enteligentes. Güeno: pagué la plata y me juí con la música pa'otro lugar, como dice el decir del dicho. Y veyá, mincuentro con una pandilla de güirros estudiando pa'micos, pues querían encaramarse a un palo que'staba parado apuntando al cielo con una banderita en la punta.... Y subían..., y subían..., casi mero hasta la punta y de allá se risba-

D A N I E L L A I N E Z

. . . ., casi mero hasta la punta y de allá se risbalaban, pues el maldito palo teniya sebo y se veniyan guindo abajo. . . ., y el griterío de los otros. . . . ¡Esos eran chillidos y no babosadas, ña Lipa. . . .; por nainitas me rompen los tímpanos del oído. . . . Después me voy, veyá usté, a donde estaban dando güeltas unos caballos de puro palo; pero a toda virazón, ña Felipa, con unos endevidos montados en ellos; pero los endevidos eran de carne y hueso, como nosotros, y una música que tocaba así; «Tarará, rará, rará. . . .; tararararooooo. . . .»

FELIPA.—Ese es el valser Sobre las Olas; hombre, no seya dundo; ricuerde que lo bailamos cuando me cupo en suerte amarrarme con Polo.

TIMOTEO.—Verídico. . . ., verídico. . . . Unos se desmemoreya de tanto volar cuma en esos guamilales.

FELIPA.—Y de tanta chicha que se rempujan. . . .

TIMOTEO.—¡Ya va! ¡Ya va el sermoneyo! Po'eso dicen: agua qui no has de beber, machete estate en tu baina. . . . Y además, nosotros no somos boleques constitucionarios. . . . Bebemos en las diviertas nomás, o cuando el guasalo nos come una gallina y nos entra rabia, o cuando nos entra nuralgia. . . .

FELIPA.—O cuando se les revientan las correas a los caites, o notan que nosotras les hacemos mala cara. Mi Polo toda la vida me mira con la cara parada. . . . ¡Po'eso no le despega el grito al nistamal!

TIMOTEO.—¡Cállese!, ña Felipa, acállese, por favor. . . .! Güeno; pues dije yo: ¡ah, chís!; yo me encaramo en esos condenados caballos de palo, y pregunté: «Vos, decíme, ¿cómo siace pa'encarmarse en esos pelenques viejos? Y un cipote, me dijo: «se compran unos papeles que venden allá, ve»; y me señaló con el dedo una casuchita que' estaba allí cerquita; compré la boleta, y al instante su amigo Timo salía disparado al son de aquella musiquita:

AL CALOR DEL FOGON

Tara rararararáaaa.... Tarararararároooooo». Todo jué que prencipiaran a dar güeltas cuando siento que la cabeza me daba güeltas, todavía más güeltas que aquellos condenados caballos diocote...., y me prencipia el gómite...., y prencipio a gritar: «¡Paren!. ¡Paren!., me mato! ¡No seyan brutos!, ¡caballos!» Y prencipia la gente a gritar y a carcajarse. Eran unas carcajiadas y un burlerío de los once mil demontres.... ¡Ja! ja, jaaaa....! ¡Jijijijii....! ¡Agarráte bien, penco bruto! ¡Ya no volviste a comer frijoles, caballo! ¡Te llevó la madre por papo!, y otro atajo de barbaridades....

FELIPA.—¿Ansí es la gente de por allí, ñor Timo?

TIMOTEO.—Así es, así es, ña Lipa....

FELIPA.—Pues yo creiba queran más estudiasadas.

TIMOTEO.—Pues no se ande haciendo esas creencias que hay un dicho que dice que en todas partes se cuecen frijoles.

FELIPA.—Y otro que tiene ilazón con lo que'stamos conversando y es que, hacé lo que vieres al pueblo.... que fueres....

TIMOTEO.—Pero lo que's usté no se queda atrás....

FELIPA.—Es lo que dice mi Apolinario: Humildona es, pero tonta un poquito no más.... Güeno, priosiga, no me esté endulciando el amor propio....

TIMOTEO.—Pues güeno: yo nuise más quiagacharme y prenderme con todas mis juerzas al pescuezo del palo aquel...., traslapé los ojos y juí perdiendo la inteligencia.... Sólo oiba los gritos de la gente y los carcajadones.... Al fin se cansaron los malditos pelenques o quien sabe qué jué, el caso que se pararon, me apié todo bolenco y una vez apiado no encontraba la maldita puerta: «po'aquí, penco bruto» —me gritó un golguera de colbatía. ¡Ah, no me estés bruñendo!, le dije yo arremangándome

D A N I E L L A I N E Z

la camiseta, «con yo ya te dás en la chiva, hijo de tu nana». El golguerita sis'umo cuando vido que la cosa no era chiches....

FELIPA.—Sólo a buscar camarones salen ustedes, ¡no digo!

TIMOTEO.—Güeno: pues diayí cogí pa'otro lado. Vo'a probar los ponches, —dije—, y pedí que me midieran uno, pues había quedado con el estómago un si es no es de enjilado con las bolteretas que me habían hecho dar los condenados caballos. Cuando me estaba pasando por el gaznate sentí una cosa extraña. “¡Jun! —dije— éste como que's guaripasote”. Me lo atoré toíto. Véndame otro señora, —le dije—, y al tomármelo, va a crér ña Lipa, que ya la tripa guarera me lo pediya puro.

FELIPA.—No le digo que así son ustedes, ñor Timo, así son toítos; po'eso dicen que son cortaos con el mismo machete....

TIMOTEO.—Otro sermoncito y me voy, dejando a medio palo mi historiazón....

FELIPA.—No, ñor Timo, siga....., siga....., no se duerma en su historiazón, que como dice el dicho, camarón que se duerme en la calle lo desnudan....

¡TIMOTEO.—Ese dicho sí que me gusta, pos un día yo jondié en la chichería de la finada Chinta y me robaron los caites nuevecitos....; ¡una ponida!, ¡afigúrese!

FELIPA.—¡Ah, ñor Timoteo tan dundo! Si hubiera quejao al señor auxiliar, pa la investigación....

TIMOTEO.—Pues perdóneme que se lo haga presente que la dunda es usted, pues los caites se los vide después al propio señor auxiliar....

FELIPA.—¡Jesús, qué gente!, parece que veviéramos en tiempo de la enquesición....

TIMOTEO.—¡Enquesición...., enquesición?; ¡y eso qué, ña Felipa?

AL CALOR DEL FOGON

FELIPA.—Usté no sabe la historia d'este páis, mejor siga cor su historiazón....

TIMOTEO.—Pos como ya la tripa me lo pediya puro, dije yo güeno, ya te voy a complacer ¡gran puñetera!, y me juí con derechura a un chinambo donde vendiyan guaro, y de un sólo viaje les pedí un cuarentón y ¡juás! me lo embuché de un solo; pero el muy condenado se encontró muy solo en mi timba y me exigía que le hiciera compañía el otro, pues dije: “allá vá”, y ¡jús! me atraganté el otro.

FELIPA.—¡Jesús, qué sed ñor Timo!

TIMOTEO.—No, no es sed, es que yo no sé...., es un desasociado, una inquietú, un no sé qué, pero es algo...., algo....

FELIPA.—¡Es sinvergüenzada!

TIMOTEO.—Güeno: que así seya; el caso es que me lo rempujé también diun sólo; y aquí le voy a contar algo que a yo me pareció divertido.

FELIPA.—Para los bolos todo es divertido; hasta dejar la cría sin comer es divertido.... Y hay que veyá la mujer cómo se las arregla pa'darle a los timbones la jaspia....

TIMOTEO.—¡Ya va, ya va! Pues güeno, estaba un muchacho allí, entre camagüe y elote; pidió una guitarra para cantarse una canción que'l deciya que estaba de moda; pero sólo prencipió el pobre, pues cuando dijo:

“¡Ay!, no me dejes solo,
mira que me muero
si no estás conmigo....”

llegó un polecía y le dijo: “no, si no te vas a quedar sólo, si no te vas a morir, vos te vas ir conmigo; toitita la tarde te hey andado buscando, sinvergüenza....” Y se lo llevó. Un chabacán que vido la cosa dijo ésto quera de adivinar: ¿en qué se parecen los.

trenes a los polecías....?; nos quedamos tontos, y el muy idiota nos dijo: "En que llevan gente", y se tiró tamaña carcajadota; yo, ña Lipa, no me rí.

FELIPA.—Yo tampoco lincuentro el gracejo.

TIMOTEO.—Pero es qui usté no sabe lo que's un tren....

FELIPA.—Ni usté tampono....

TIMOTEO.—¡Aistá! po'eso no lincontramos el gracejo.... Pues bien: ya picadón me atraganté la otra octava y aquí sí me principió a dar güelta la mesa: pues no hay más quiacer, Timo, dije yo pa mis adentros, hay que'char un pestañazo, y ansí jué: eché un güen pestañazo....

FELIPA.—Pero nuiba usté tan bolo cuando dió con la posada....

TIMOTEO.—¿Qué posada?

FELIPA.—¡En donde hechó el pestañazo, Timo, onde durmió... ?

TIMOTEO.—¡Ah, ña Lipa más dunda!; si allí se acuesta uno en cualesquier parte: debajo de una mesa onde estén chiviando, en la grama, en cualquier parte se acomoda uno y parte sin novedá.

FELIPA.—Pues yo no liayo la gracia a eso de dejar la comodidá del rancho pa'irse a tirar como un chucho debajo diuna mesa pa' que todo el mundo lo pateye....

TIMOTEO.—Le aye gracia o no, así mera es la costumbre y como dice el decir de un dicho: la costumbre hace la costumbre....

FELIPA.—A ese dicho no le ayo nada, ñor Timo.

TIMOTEO.—Eso viene a probarme que usté no tiene la costumbre de acostumbrarse a alquirit la costumbre de ponerle los cinco sentidos a las palabras que jieren el tímpano de sus oídos....

FELIPA.—¡No amuele hombre, no amuele!; usté como que'stá toavía bolo....

AL CALOR DEL FOGÓN

TIMOTEO.—No exagereye, ña Lipa, no exagereye. Pues güeno: cuando mi desperté, clareaba ya. Me tomé un traguito de café bien juerte....

FELIPA.—Usté lo que tomó jué puro guaro, ñor Timo, pues ha venido hablando mucho carburo.

TIMOTEO.—Sí, un traguito pa'la goma, ña Lipa, y ya me voy antes que mi agarre la noche.

FELIPA.—Vaya con Dios, pues, señor Timo, y me saluda a la Petra; dígame que dirrepente vuir a visitarla, y si mincuentra al taimado de Polo, dígame que se abreveye, que yo no voy a estar como esclava pegada al fogón siempre esperándolo....

TIMOTEO.—Güeno, si encuentro a Policarpio en el camino le doy el recado; pero lo de la Petra ni por pienso, ña Lipa.

FELIPA.—¿Y eso?

TIMOTEO.—Pues veyá, hoy va a ver jaleyo en el rancho. Afigúrese que me pasié en el pisto diun encargo que me dió, consistente en unas zarazas y una manta....

FELIPA.—Pues hoy sí que lo escobeyan, ñor Timo; la Petra nues chiches....

TIMOTEO.—Eso no, ña Lipa; tanto como eso no....; yo llevo los calzones en mi casa..... Como usté está acostumbrada....

FELIPA.—Ya va.... ¡Qué lengua!

TIMOTEO.—Yo lo hey presenciado....

FELIPA.—Güeno; pero él ha tenido la culpa....

TIMOTEO.—Siempre nosotros tenemos la culpa....; siempre nosotros somos los adelitados...., y mejor me despido. ¡Adiós, ña Lipa!

FELIPA.—¡Adiós, ñor Timoteo!, y n'olvide el camino que'stés su casa....

Sale Timoteo; Felipa lo acompaña hasta la puerta. El sol ha caído pesadamente tras de la montaña y empieza en los guamizales el monótono concierto de los grillos....

D A N I E L L A I N E Z



AL CALOR DEL FOGON

MAXIMO TEPAS

MAXIMO TEPAS —bautizado así por el cura de la chiquillería del barrio— es un pequeño filósofo de diez años. Hijo de un humilde carretero, el pequeño Máximo se levanta con la aurora, come una tortilla dura y se encamina silbando a los potreros vecinos en busca de los bueyes. De regreso, sus gritos me despiertan, invariablemente, a las seis de la mañana.

—¡Joscoooooo! ¡Luceroooooo! ¡Arriba, pelmasss!

Sus gritos suenan como balones de fútbol por el amplio cañón del Río Chiquito, rebotando en los paredones hasta extinguirse en la hondonada....

¡Joscoooooo! ¡Luceroooooo!....

Y el pequeño harapiezo, enarbolando un flexible bejuco, lo hace chasquear sobre los lomos de los mansos bueyes, quienes a

pasos lentos van subiendo la pendiente arcillosa que del pequeño río trepa zigzagueando hasta las humildes casuchas de El Manchén en donde Máximo y los suyos desde hace muchísimos años vegetan, por lo que sus gritos se han hecho ya familiares.

Sobre una carita redonda, dos ojitos apagones hacen graciosos guiños a una mujer rolliza y andrajosa que palmea tortillas en la cocinita de tablas renegridas. Máximo, con sus naricitas aplastadas husmea el comal y luego dirige miraditas maliciosas al calabazo de tortillas humeantes; y así se está parado a un lado del fogón, paseando sus ojitos inquietos del comal al calabazo y del calabazo al comal.

—¿Por qué no te atragantás un par de pistones y te vas a ayudarle a tu tata en vez de estarte parado como un leño vigilando la hartazón?— rezonga la mujer con un humor de perros.

Máximo obedece, y con un par de tortillas con frijoles y una buena jicarada de agua fresca en la timba, sale al corral en donde el buen hombre tiene ya uncidos los bueyes a la pesada carreta. Momentos después, padre e hijo salen con rumbo al centro de la ciudad, en busca de posibles clientes.

Máximo no es feliz; no puede ser feliz aunque él trate de disimular su desgracia con finos silbiditos que se enlicocan con el ríspido chirriar de su carreta. Sin embargo, cuando se encuentra fuera del alcance de los gritos de su madrastra, el rapazuelo goza de una relativa libertad, y se siente feliz. No asiste a la escuela y cuando no hay que carretear por falta de clientes que soliciten sus servicios, se pasa el día cancheando en las pequeñas pozas que suelen frecuentar los sábalos; conoce las propiedades del bagre y quiénes prefieren las anguilas a los sonrosados camarones. Máximo casi es un sabio en el oficio de la pesca.

A la caída de la tarde hace su entrada triunfal al barrio, por lo regular en las ancas de una cochina chillona y vagabunda que, por regla general, lo tira de bruces frente a su casa, mejor dicho.

AL CALOR DEL FOGON

él se deja caer deliberadamente con el consiguiente estallido de carcajadas de todo el vecindario que se asoma a las puertas a contemplar el divertido espectáculo, acompañado del aullido de los perros sin dueño.

* * *

Tarde de diciembre. Un viento huracanado levanta polvaredas rojas; se arremolina, suspende la basura que encuentra a su paso y se aleja zumbando. . . . Pero esto es nada. Los pequeños y desgarrados futbolistas no interrumpen su juego; jadeantes, sudorosos, arremangados los pantalones, que dejan al descubierto sus prietas pantorrillas y los puños crispados, se acometen con furia; chocan y ruedan por el polvo, dejando hondos rastros en el suelo, ligeramente humedecidos con saliva y mocos; se levantan maldiciendo y prosiguen la lucha con más ardor aún.

Sólo Máximo Tepas, sentado en el promontorio de tierra que sirve de muro en donde está enclavada su casucha, ligeramente inclinada hacia el barranco, contempla la partida enardeciendo con sus gritos a los jugadores a seguir la lucha:

—¡Adelante, Ñato. . . .! ¡Dale en la chimpinilla, Timbóoon! ¡Echále tecolía, Retacooooo. . . .!; y la voz de Máximo se enronquece, carraspea un poco, luego gargajea y lanza un escupitazo espeso hacia la carretera, el cual vuela horizontalmente, como un rehilete, sobre las cabezas de los jugadores, hasta irse a estrellar en la pared de enfrente, dibujando una perfecta hélice de avión.

Un mocetón de unos quince años se recuesta en el barranco para descansar.

—¿Ya te cansaste, Choco?— le grita Máximo.

—Sí, ya me cansé, le responde el holgazán. Luego a su vez, le pregunta. ¿Y vos, por qué no jugás? ¿O es que no te gusta el fútbol?

D A N I E L L A I N E Z

—Sí me gusta —responde el pequeñuelo con una sonrisa forzada, que pone a descubierto su boca desdentada—; ¡pero es que y regreso con papa muy cansado del trabajo...., nos macaneamo duro y parejo! Y para nada, según dice él; pues cuando se le adentra el maldito flato a lo profundo del alma tiene que sacárselo punta de guaro.

El holgazán se pone a escarbar con la punta de un clavo el paredón en donde se haya enclavada la casucha de Máximo, y donde justamente, se encuentra la boca principal de la zompopera, desgajando a sus pies enormes capas de tierra negra. Máximo lo advierte:

—Mirá, si se derrumba este paredón se nos caye la casa y vos te puede aplastar....

—¿Le tenés miedo a la muerte?— le pregunta el otro con cierto aire de valentón.

Máximo se encoje de hombros, y con una mueca de desdén responde:

—Pos yo no. Fijáte: uno se muere, lo velan; al día siguiente lo entierran; esa noche lo lloran en la casa, ¿y después? Se va olvidando de uno, lo mesmito que pasó con mi hermanito Pepe; hoy ya nadie se acuerda de él...., mientras que uno vivo, desde que dentra en la casa sólo es sufrimiento.... ¡No!, es mejor morirse y que queden las viejas chillando, aunque sea de mentiras: ¡Ayyy, tai güeno queeerrrrraaaa....! Porque esas son puras papadas; quien muere descansa....

Un áspero grito de mujer lo saca de sus cavilaciones filosóficas

Es su madrastra que desde el umbral de la casa y con los brazos en jarras, lo increpa:

—¿No pensás venir por tu hartazón; o es que crés que soy tu criada para anochece en la cocina esperándote? ¿No te basta todo

AL CALOR DEL FOGÓN

El día para dedicarte al relincho, careto sinvergüenza? A tu tata voy a decir para que te enderece de un par de cumazos.

Un aeroplano a corta altura pasa zumbando, haciendo trepidar el tejado de la casucha. Máximo sale corriendo de la cocina con las tortillas en la mano; luego le grita a su amiguito: ¡Oyyyyyy, Chocooooo, que nos fuéramos haciendo aviadores, Chocooooo!

—Nos encaramaríamos al cielo, Máximo, contesta el interpeado con un gesto de cansancio.

—No nos volverían a ver el cacho por aquí, ¿verdad? Y Máximo le mira la cara al cielo, y deteniéndose con los codos los pantaloncitos que pugnan por escapársele de sus descarnadas caderas, abre desmesuradamente los ojitos, luego los traslapa, como queriendo encerrar en ellos toda la azulidad del cielo, estallando en una estrepitosa carcajada que convulsiona todo su cuerpecito desnutrido.

Los últimos rayos del sol poniente baña de oro los tejados del más misérrimo barrio obrero.

En la calle el partido de fútbol prosigue



EL GRENCHO

AL PRIMER fogonazo de la aurora las tinieblas se fueron de reculada como manos arriba.

La chimenea de una casita blanca empezó a lanzar copitos de humo que iban a confundirse con la neblina que se restregaba en los tejados del pequeño caserío; un gallo dió su primer clarinetazo, iniciándose así una diana unánime de todos los gallos circunvecinos.

—¡Abreviáte, vos, que nos coje el día! —gritó una voz viril desde el corral de la hacienda.

Un niño mal vestido salió bostezando de la cocina.

—Montáte al anca —le dijo el hombre— y te agarrás fuerte porque este animal es bien resabido.

Momentos después los dos cabalgaban por el llano. El hombre hablaba sin cesar:

AL CALOR DEL FOGON

—Vos te vas a quedar con taita, Jolgito; te portás bien pa' que naide te bruña. Ya ves cuánto hamos sufrido en en esta hacienda desgraciada, y es una injusticia que sigamos sufriendo. Sé obediente con la señora Pancha, que ella jué muy güena con nuestro dijunto magre. No se te olvide la carta para taita; él llegará a casa lo más tarde a las diez; también me saludás a tu madrina y Teo, el hijo del dijunto Juan. Si me yega a sonreir la suerte mando a traer pa' hacerte todo un hombre, y que naide se monte encima de vos, ansina como sián querido encajar en yo.

A eso de las seis de la mañana llegaron a «Rancho Quemado», en donde se desmontó el niño. El hombre siguió su camino, pero esta vez a galope tendido....

* * *

“Quibracho, 23 de octubre de..

Don Remigio Valladares.—Rancho Quemado.

Querido taita:

Cuando recibás estas cuatro letras quiacabo de garrapatia, quizá ya aiga cometido una trastada, pero ¡qué se va a hacer! ansina lo ha querido mi mala suerte. Vos bien sabés que yo nunca juí malo, taita. Recuerdo que cuando apenas era un güirro, un tuco de tortilla más duro que un caite y un terrón de sal me ponía mi magre en el almuerzo, eso me rempujaba con toda complacencia.

Pos bien: voy a referirte mistoria; pero sin prencipiar por oír de principian los historiadores, que sería la de no acabar nunca.

Cuando ajusté mi plaza en el cuartel, me concerté como picador en esta hacienda. Los grenchos siempre mián caído mal, taita, pero éste parecía más cristiano que los demás con que yo había trabajado conocimiento. Y aquí entra la Chole de que tanto te he

D A N I E L L A I N E Z

hablado, taita, (ella se llama Soledá; pero el grencho bruto le encajo Chole). Si vieras qué bonita es la babosa me peldonarías todas mis locuras que vos llamás debelidades.

Una mañana la vide en el corral ordeñando, estaba d'spaldas y como vos bien sabés que yo no soy muy dejado para eso de piropear cipotas, le aventé uno:

—Hoy la agrora nació en el corral d'sta hacienda pa' felicidad de mi ánima.

Ella golvió la cara y sus ojos me se jueron al jondo como maules de juego, y vide que sus colochos eran énticos a los de aquella Madalena que'stá juntito al Señor de las Misericordias, en el altar de la iglesia del pueblo; ¿te acordás taita, la última vez que juimos? Todavía respiraba mi dijunta magre, que Dios la tenga en el Reino del Cielo.

(Y a priopósito taita, según dicen las malas lenguas, mi magre se murió de celos y resentimiento, pues vos tiabías emberrenchido con aquella presumida de Eulofia, que paecía galafate caratoso; pero yo nunca lo hei creído; las malas lenguas son así: l'onra quincuentran por delante se la llevan dincuentro).

Desde ese mesmo día prencipié a molestarla hasta sacarle palabra de compromiso. Pero vos bien sabés que la felecidá no es pa'nosotros los pogres, y qui'ante el poder de la plata no hay corazón que no se ponga tiernito por más duro que seya. El Grencho prencipió a molestarla; pero el ricachón no lo haciya como yo con palabras únicamente, él lo haciya con todas clase de obsequios y hasta llegó a mercarle un par de chancletas. Ya te podés imaginar vos lo que son las mujeres cuando se forran las niguas, les paece que andan con Dios en las patas, ¡ché!; y ansí jué como una mañana los encontré besuquiándose.

No te miento, taíta, paecía que se me había trabado una rama seca en el galío y la cabeza me daba güelta como un trompo tatarate.

AL CALOR DEL FOGON

Y no le dije nada; ¡pá'qué! Eso siarregla de otro modo. No hay que perdonar a naide, taita: macho que se deja poner el aporrejo muere con él en el lomo; aunque relinche y pataleye ya está bien ajustao y núai pa'donde; tiene que conjormarse con ser macho e' carga toita la vida, así como lóis, taita, ¡toita la vida!

Recibe un juerte abrazo de tu'ijo y perdónalo que así lo quis su endemoniada suerte.—CIRIACO.

—¡Que se cague en él!—rugió el viejo Remigio, estrujando la carta con una recia crispadura de manos.

* * *

Caía una lluvia fina y un agradable olor a tierra mojada saturaba el ambiente. Por la vieja carretera un hombre blanco cabalgaba. De un matorral vecino salió un recio fogonazo. La detonación mezclada de un lamento trágico, se arrastró por la hondonada...

—¡Jueputa!—gritó Ciriaco, saltando a la carretera.— ¡Así se pegan botones!

Con pasos firmes se aproximó al herido que se desangraba agonizante.

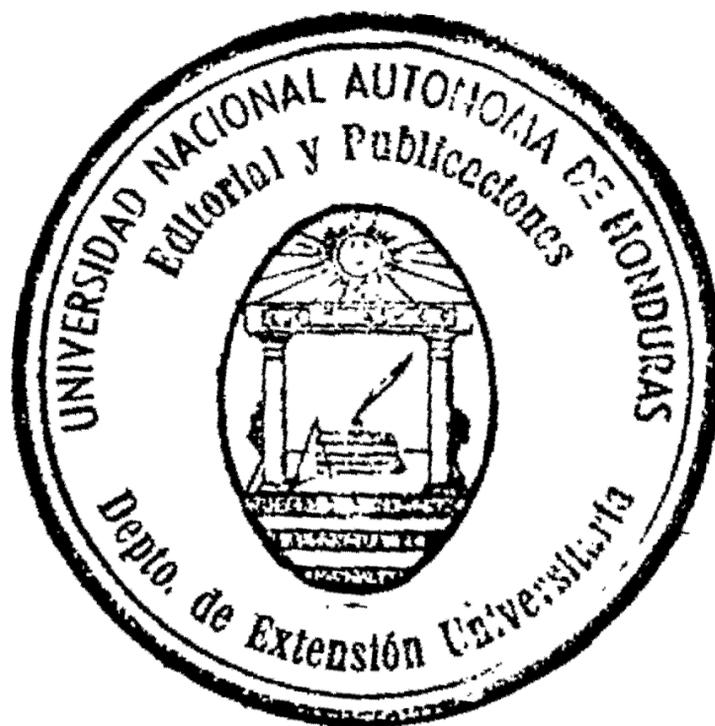
—Grencho hijueputa, que no valés ni la peseta que acabo de gastar.... ¡Pendejo!—gruñó lanzándole un escupitajo en el rostro y dándole una patada en la panza que sonó como árgana vacía.

—Que te coman los zopilotes que lo que soy yo no he de ir dar cuenta,—le dijo—, y emprendió la marcha muy tranquilamente hacia otro campo, en busca de un nuevo amo a quien servir... ya que el pobre, el desventurado Ciriaco, no poseía un pedazo de tierra propio para fecundarlo con el sudor de su frente....

D A N I E L L A I N E Z



AL CALOR DEL FOGON



SILVERIO SOSA

I

NADA de particular había en aquella aldea: la vida, como en todas partes, pasaba jugando al escondite con la muerte.

El campaneo en las torres del humilde templo, era como un vuelo de palomas enturbiando el paisaje.

Sobre el atrio, llovía sol; sol de domingo; suave sol travieso, que lo mismo le da retozar en las llagas purulentas de un mendigo, que estrellarse en las brillantes polainas del hacendado libidinoso y déspota.

Un grupo de viejecitas cuchicheantes salió de la iglesia y se perdió por la calleja retorcida y empedrada; un perro sarnoso, apoyando una de las patas traseras en las gradas del atrio, hizo aguas, y se fué con andar menudito; después, sombrero en mano, un mo-

AL CALOR DEL FOGÓN

cetón apareció en las puertas del templo; se encasquetó el sombrero empalmado sobre la enmarañada cabellera, recogió el machete y las alforjas que al entrar dejara a un lado de la puerta, y con paso indeciso, como el de quien no recuerda muy bien el camino, se dirigió a la quebrada.

En el campo, los maizales mecidos por el viento parecían decirle adiós al hambre. Pero él iba triste, tan triste como una tarde de lluvia; era la suya una tristeza de un gris desvanecido....

A lo lejos, las ruedas de una pesada carreta iban triturando el silencio, arrancándole prolongados chirridos de agonía.

Por un camino de roja arcilla, llegó a la quebrada; el agua, dulce y cristalina, hacía un remanso y luego se escapaba canturreando peñas abajo; tiró en la sabana su machete y sus alforjas, y se tumbó panza arriba a la sombra de un amate añoso, y su pensamiento echóse a andar por el camino real de los recuerdos, recuerdos que picoteaban como pájaros hambrientos su corazón de macho vencido por la angustia.

Silverio Sosa —veinte años de tragedia íntima—. Su madre, una pobre molendera —humilde cantarito de lágrimas— había sido despedida brutalmente por el rico propietario de la hacienda «Los Ciruelos», después de haberla violado.

La fecundidad en los pobres resulta trágica: la pobreza no conoce del abortivo, bálsamo piadoso de los ricos; quizá por eso el juego favorito de los niños del arroyo es el cántico de cuna arrullando en sus tiernos bracitos un olote envuelto en trapos viejos: es un juego muy dulce y divertido; además, no cuesta un céntimo. Es el anticipo de un mañana que el tiempo se encargará de zurcir con sollozos y de lavar con lágrimas.

II

La pobre mujer, como bestia resignada, buscó la querencia de su hermana; una mujer tan desdichada como ella, con dos botijitas de frijoles y lombrices que muy pronto enterró en el cementerio. Allí nació Silverio y allí aprendió a andar y a jugar con estiércol de vaca y *carajones* de cabra.

Ya más grandecito le condecoraron la frente con una pedrada; no conocía el pobre el significado de las cercas de alambre de púas: había observado que los pájaros volaban de huerto en huerto; que se posaban en todos los árboles y picoteaban todos los frutos; y él, una mañana olorosa a vaho de establo y bañada de un sol optimista, se sintió un tanto pájaro, y estimulado por un manzano cargado de frutos, saltó el cerco y con agilidad de ardilla se encaramó en el árbol, de donde fué bajado de una pedrada.

Cuando recobró el conocimiento al tercer día se encontró tirado en su tapexco. Había soñado que el mundo era una enorme planicie sembrada de manzanos frutecidos; que no había cercas de alambre espigado, y que los niños, blanco y negros, pobres y ricos, jugaban en las ramas de los árboles confundidos con los pájaros. El viento jugueteaba en sus cabellos, refrescándole la frente; se llevó la mano a ella: era el parche de vinagre que le habían aplicado en la herida. Tuvo hambre y pidió alimento. La buena mujer le dió tortillas con sal; y entonces, comiendo, comiendo, fué filosofando: supo para qué sirven las cercas de alambre con púas y por qué el niño de la hacienda nunca jugaba con él; por qué las beatas le daban coscorriones cuando asistía a la misa, y por qué la maestra le aplicaba reglazos en las nalgas; y algo más; supo por qué en las festividades patrias nunca lo llevaban, formando con los demás niños al Cabildo Municipal, en donde se les repartía refrescos y golosinas: ¡era pobre! Y así acostado en su tapexco tomó una enérgica decisión:

¡Trabajar!

AL CALOR DEL FOGÓN

Desde entonces el vecindario vió a Silverio montando su burrito trotón, silbando aires poblanos al compás del ruido metálico de sus relucientes cantaritos de hojalata llenos de leche; todas las mañanas salía de la aldea con rumbo a la ciudad; y al correr de unos pocos años, como lenitivo a su brega cotidiana, el amor llamó a las puertas de su corazón; y Chepa, su vecina y compañera de juegos infantiles, fué el pocito de agua clara en donde Silverio refrescó sus labios y lavó sus penas, las que ponía a secar en los alambrados de su imaginación campesina....

Con el trote del burrito, iban trotando los años.

La dicha de los pobres no es nada más que un humito; pero un humito tan fino, tan tenue, tan imperceptible, que el aire de un suspiro lo disipa.

La vida de sacrificios y privaciones de la madre iban minando poco a poco su existencia; el mal fué afianzando sus garras en aquella vida de martirio; y una tarde al regresar de la ciudad, Silverio encontró a su madre agonizando.

—Vos tenés un hermano, Silverio....

Los ojos de Silverio se agrandaron como bellotas de roble, sacudió la cabeza para comprobar si no soñaba.

—Sí; Rodolfo, el hijo de ñor Prudencio, el de la hacienda vecina....

Y de los labios de la madre de Silverio fué fluyendo la dolorosa, la sombría, la fatídica historia de sus amores con aquel lépero de corazón tan negro como sus embetunadas polainas.

—¡Sí al menos estuviera vivo!, —dijo Silverio mordiendo las sábanas que servían de sudario a aquella pobre humanidad ultrajada por la maldad de los hombres.

III

Y los recuerdos, como pájaros, cada vez más hambrientos, siguieron picoteando su corazón de macho:

Sí, fué allí, a la sombra de ese mismo amate, en donde una tarde con horizontes manchados de pájaros, había tenido la última entrevista con su adorada Chepa. El, más que hablar, pintaba. Ella, apoyada en su hombro, escuchaba, y más que escuchar, veía una película de contornos románticos:

—Chepa, yo ya no tengo madre, ni tengo nada; no, nada no: ¡tengo a vos, Chepa, que sos mi madre y sos mi rancho y sos mi todo!

Me voy mañana; voy a trabajar; si el corazón tuyo lo he ablandado con lágrimas, el corazón de la tierra lo ablandaré con el sudor de mi frente.

Levantaré mi rancho. Sembraré la milpa y la hortaliza. Vos ordeñarás temprano y arreglarás la casa y cuidarás del hijo...., sí...., sí.... tendremos un hijo. ¡Un Sosa legítimo! ¡Un Sosa tan macho como su padre!

Las palabras en el alma humilde de Josefa fueron cayendo como cucharaditas de azúcar, pues Silverio elevaba su entusiasmo como un barrilete de alas multicolores

Y después de tres años —para él tres siglos— todo lo había conseguido. El primer año lo pasó en una finca bananera, luchando contra el zancudo y el barba amarilla: fueron días de prueba; se trabajaba de seis a seis, cuando no bajo el azote inmisericorde del chubasco que entume los miembros y pone en los huesos mordeduras reumáticas; bajo los candentes soles del trópico, que chamusca la piel campeña y pone en la mente delirios que suelen llegar a las puertas mismas de la locura. Resistió a las tentaciones del alcohol y se mantuvo a respetable distancia de los dados; sólo la guitarra, en sus noches de soledad, esas largas noches de soledad, esas no-

AL CALOR DEL FOGÓN

ches rociadas de alcohol y de lágrimas, hizo compañía al desolado amante. En esas noches Silverio se transfiguraba; ya no era el peón hundido en los suamos, chapeando con su recio machete los guamilares; era el otro, el otro Silverio; el Silverio espiritual que iba enfudado en su burda caparazón de campesino; era el Artista, era el poeta que todos llevamos dormido allá en un ángulo obscuro del subconsciente; y entonces, sus dedos, trémulos por la emoción, tejían encajes de ensueño sobre el cordaje en tensión de la guitarra, y su voz se elevaba en la noche como un grito de angustia que iba rebotando de barraca en barraca, hasta perderse en el corazón de los banales rumorosos. Al cabo de un año, Silverio contaba con trescientos pesos en la bolsa de su pantalón de kaki, y un millón de ilusiones en la caja fuerte de su entusiasmo.

Se retiró a una apacible aldea del interior; aldea pobre, humilde; allí compró terreno: cien lempiras. El filo de su machete mordió el tronco de los árboles hasta tumbarlos, convirtiéndolos en horcones y vigas; chapodó el guamil hasta formar un claro de dos manzanas; y con brazo fuerte, levantó la choza. Con los primeros aguaceros procedió a la siembra; fué un trabajo rudo; sin bueyes, sin arado, sin nada; únicamente valiéndose de un pedazo de acero puntiagudo, estuvo semana y media abriendo surcos; pero era lo que él le había dicho a la Josefa: si el corazón tuyo lo he ablandado con lágrimas, el corazón de la tierra lo ablandaré con el sudor de mi frente. Y no eran palabras que se habrían de llevar los vientos; no, las estaba cumpliendo al pié de la letra. Cuando una mañana salió a la puerta de la choza y vió su heredad alfombrada de botoncitos verdes, los ojos se le agrandaron de júbilo: su acariciado sueño pronto se convertiría en una bella realidad de verdes matas; la alegría del campo reiría en los dientes blancos de las mazorcas; y fué entonces cuando él, él que nunca había odiado, sintió un odio profundo por los zanates, declarándoles una guerra sin cuartel. Se hizo comunicativo; visitó a sus vecinos y les anunció la próxima realización de sus sueños azules: por las noches, al calor del fogón acogedor de la choza más próxima a la suya, y rodeado de la familia con quien luego se compadrearía, rasgaba tiernamente la guita-

D A N I E L L A I N E Z

rra, arrancándole tiernos quejidos de pena, quejidos que se iban muy hondo, corazón adentro, crispando los nervios y desgarrando el alma.

Y la milpa seguía creciendo, frondosa, lozana; las matas principiaban a florecer, coronándose de oro; el viento las peinaba con peines de seda. Pero una mañana, cuando más optimista se encontraba, mientras aporcaba unas matujas de crecimiento retardado, cayó sobre sus espaldas un chapulín, heraldo de su ruina; luego otro más; y fué Silverio matando, matando chapulines de un lugar a otro, incansable, obstinadamente; pero ya al medio día empezó a obscurecerse el cielo. Un zumbido cerrado venía del norte: era una tromba alada, voraz. Media hora después se posaba en la milpa de Silverio; fué una sóla sentada; cuando se levantó la mancha sólo quedaron las cañas un tanto inclinadas por el peso de la plaga....

Silverio, en medio de su ruina, con los brazos cruzados, inclinó, la cabeza resignadamente como quien recibe una bendición; de pronto, poniendo los brazos en jarras y dirigiendo la vista al cielo, exclamó con voz de trueno:

—¡Me esperará!

En aquel instante, su silueta enmarcada por el horizonte, tomó las proporciones de una estatua vaciada en bronce.

IV

Luchó...., luchó ..., luchó.... El recuerdo de Josefa le templó los músculos. Y hoy, a la sombra amiga del amate, recordaba sus luchas y sus desventurados amores.

Por el zigzagueante caminito oloroso a pino y mejorana, con los pies desnudos y las trenzas sueltas, bajó una muchacha; se detuvo a la orilla de la quebrada; dos ojos grandes y negros y una

AL CALOR DEL FOGON

boca roja de labios pulposos y sensuales y dos hileras de dientes blancos.

El asombro fué completo; los corazones dejaron de latir por un instante: después, el silencio se hizo grito; la tristeza se les agazapó en un rinconcito del alma, para darle paso a la alegría que emergía de sus bocas en chorritos de risa.

—¡Chepa!

—¡Silverio!

Ella agachó la cabeza, y los ojos se le inundaron de lágrimas era un llanto desgarrador; quería hablar, pero los sollozos se le impedían; Silverio la sacó del apuro:

—No me contés nada que todo lo sé, Chepa; todo, todo. Pero no te culpo a vos; es la misma historia, la mesmita historia de mi madre; sólo que ésta va a tener su desenlace pronto: no me marcharé de la aldea sin antes haberle pedido cuentas al señorito, ¡Te lo juro! Y allá viene, ve. Allá viene....

En efecto, por el rojo caminito avanzaba a grandes pasos un hombre alto y fornido; venía tarareando una canción de moda. Sobre las polainas le golpeaba la vaina del machete. Se detuvo junto a la muchacha sin prestarle atención al mozo.

—¿Qué has pensado? —le dijo—. O botás eso que llevás en la panza o te vas de la hacienda....

—Es la mesmita historia, Chepa; la mesmita historia....

Los dos hombres se quedaron mirando cara a cara, con fiereza. Rodolfo de pie, a unos dos metros de Silverio, quien se encontraba recostado en una de las salientes raíces del amate; ni siquiera le concedía importancia a su contrincante, lo que no dejaba de ser una afrenta de las más sangrientas.

—¿Sabés quien soy yo?, — gritó Rodolfo rojo de ira.

D A N I E L L A I N E Z

—¡Cómo no!,— contestó Silverio sin cambiar de posición—, vos sos Rodolfo, que además de ser hijo del viejo pícaro de ñor Prudencio, mataste por la espalda al peón José Manuel para quedarte con su mujer; y no contento con todo eso....

Rápido como una centella, Rodolfo machete en mano, se arrojó sobre el cuerpo yacente de Silverio; éste, recogiéndose como un resorte, de manera instintiva, lo recibió con toda la fuerza de sus piernas, haciéndolo salir disparado como un proyectil lanzado por una catapulta, yendo a caer en mitad de la quebrada. Cuando Rodolfo salió del cauce chorreando agua y con el machete en alto, ya Silverio, con el suyo, se encontraba en guardia. Silverio fué retrocediendo poco a poco, en busca de un sitio más amplio para el duelo; Rodolfo lo seguía.... ¿Después? Un vertiginoso ruido de aceros entrechocados y un relampaguear de machetes. Los dos hombres saltaban de un lado a otro como poseídos del demonio; aquello se prolongaba. Ninguno cedía ni un palmo; por fin, de súbito, cuando menos lo esperaban, una mano voló por los aires empuñando fuertemente el machete, yendo a caer a la quebrada.

—¡Ese, por mi madre!, —gritó Silverio lleno de júbilo—; éste por José Manuel, y este otro, por la Josefa....; y dos veces más el machete de Silverio tajó la cara mofletuda de su odiado rival.

Silverio principió a limpiar en la grama el filo de su machete, mientras Rodolfo, atónito, sin saber lo que había pasado, se tambaleaba. De pronto, dándose cuenta de la dura realidad, como volviendo de un largo sueño, gritó:

—¡Mátame, Silverio, por favor, mátame!

Y Silverio, mirándolo con ojos compasivos:

—Cómo te voa matar, hombre....; no seas tonto, si sós mi hermano. Buscá un médico pa' que te cure; y vos, negra, pasá, que ese güirro no será como yo que no tuve padre.... Andá a parir a mi rancho que pa' vos lo levanté....

AL CALOR DEL FOGON

Josefa, que durante el duelo había permanecido acurrucada en un rincón que formaban las raíces del amate, se incorporó toda trémula, y afianzándose en el brazo de Silverio, empezaron a subir la pendiente rumbo a la heredad, en donde los esperaba el surco negro, pronto a recibir la semilla que los liberaría para siempre. . . .

El voltejeo de las campanas del templo convidó a misa de once y el agua, peñas abajo, siguió su cantinela interminable. . . . eterna. Por el azul del cielo una bandada de pericos cruzó chillando.

FIESTA NACIONAL

15 de Septiembre. Un sol de oro baña las calles empedradas del pueblo; la plaza es un enorme cuadrado de grama; grama verde, parejita. Al Norte, el edificio de la Alcaldía Municipal, se levanta airoso: dos pisos con barandales pintados de azul y blanco; al Oeste el templo de la Virgen del Carmen, con sus dos torres, rajadas, musgosas; con un atrio ancho y enladrillado con ladrillos de barro cocido. En el centro de la plaza, un tamarindo, corpulento, añoso, en donde se da cita —en los días de fiesta y los domingos— lo mejorcito del pueblo; al Oeste, la agencia fiscal de *ñor* Indalecio, y al Sur, la pulpería de *ña* Felipa, en donde los sacos de maíz y frijoles, arremangados hasta media panza, abren sus bocazas bostezando de tedio; encima de uno de ellos, Zapirón ronronea a sus anchas; Zapirón es un gato pardo —recuerdo de familia— todos los de la casa se fueron muriendo poco a poco, sólo él se fué

AL CALOR DEL FOGON

quedando, desdentado y viejo. Los ratones no le temen —él teme a los ratones— quienes ya se familiarizaron con el vetusto felino retozan insolentes ante sus propios bigotes, como jugarían delante de sus *nanas*, importándoles un comino la presencia de él; él, por su parte, no se toma la molestia de espantarlos con sus manotadas. los mira con desdén, con un olímpico desdén.

El pueblo es tristón y sosegado. Pero hoy es día de Fiesta Nacional, y todos sus moradores gozan de un júbilo inusitado. A las cuatro de la mañana el Alcalde en persona, y todo su cuerpo edilicio recorrió las calles con música de guitarras y bandolinas tocaron *Las Mañanitas* y una parte de *Sobre las Olas*; los paseantes fueron a amanecer al estanco de ñor Indalecio, en donde recibieron el primer lambetazo del tinte sonrosado de la aurora, pues los gallos a golpes de alas y agudos clarinazos, lograron rasgar las sombras de la noche....

Don Prudencio, Alcalde Municipal seguido de su Secretario y de los Regidores, salieron del estanco haciendo eses; el *plas..plas.* de los caites sobre el empedrado de las calles, rompía el silencio del pueblo. Se pararon frente al Cabildo, y los músicos atacaron furiosamente el Himno Nacional, la bandera deshilachada y desteñida, fué subiendo.... lentamente.... desgarrada.... sin ganas como avergonzada de semejante ultraje....

Se abrían y cerraban puertas, precipitadamente, todos los vecinos se hacían lenguas de aquel espectáculo....

—Doña Pancha, ¿lo vido? Es *lotoridá* que anda celebrando el día de la Patria.

—Sí, niña; desde las tres de la mañana andan dando guerra con esa su música que no es música ni es nada, pues no sabe ni *chicha* ni a limonada....

—Pero está *güeno* que alegren un poco este pueblo; que d'alegre sólo le ha quedado la fama.. porque dende que murió Ma nuelito, esto quedó hecho un puro cementerio; aquél sí *quera* hom

bre entusiástico y abierto; cuando andaba de parranda en este pueblo, *naide* se quedaba sin meterse su buen *guaspirolazo*. Pero *agora* sólo ellos, los pudientes, los *previlegiados*.... y uno que se beba sus lágrimas y que haga *boca* con sus penas....

—No Panchita —le atajó la niña Munda— Don Prudencio no es de esos.... Don Prudencio es el hombre más *parcial* y abierto; no crea que lo defiendo porque el muy tuno me está *tirando el cuento*.... ¡Dios me guarde! Hombre casado ni vestido de oro....

—¡Ajá!.... ¿con que por vos fué la serenata? —contestó Panchita— y yo que *creiba* que era por *mija* ... ¡Qué vieja más bruta! No te digo.... Y *mija* qué caso le puede hacer a ese pobre viejo *rosquío*; cargado *dijos* y de compromisos.... Otra vez que se le antoje *trerte* serenatas, decíle que se pare en tu puerta, y que allí grite y se desgañite hasta reventar; y no que viene a berrear frente a mi casa; claro que los acompañantes y el vecindario todo se imaginan que la cosa es con *mija* Tonita ..

—No, Panchita, la cosa es conmigo.... ¡Así como lo oye! ¡Conmigo! Ya lo sabe.... Y cuídese esa lengua, por que de lo contrario.... ¡quién sabe!

—Jummmm....¿me amenazás? Ya veremos.... esperáte un tantito, que se dé cuenta la *alcaldesa*.... vos no la conocés.... Esa sí que te va a armar una de las buenas....

De las ramas del tamarindo las autoridades habían guindado un *jierro viejo* a manera de campana. El alguacil de la Alcaldía lo golpeaba con un clavo grande, de esos que les dicen *clavos maistros*.

Tan....tan....tan....el tintineo, sonoro como el de una campana legítima, hacía anillos en el aire hasta que se apagaba en las calles solitarias del pueblo....

De una de las piezas de la planta baja del Cabildo, salió una muchacha, toda endomingada y coqueta, era la *maistra*; después

AL CALOR DEL FOGÓN

salieron las niñas y los niños, un centenar de cipotes; la *maistra*, les ordenó formar de dos en fondo, en el corredor del Cabildo; y entonces la *maistra*, con voz finita como el canto de un pajarito, dió la orden de mando:

—¡Atención, fir.... A la derée.... Con dirección al tamarindo.... de frente, ¡marchen!

Los cipotes, poco duchos en los ejercicios militares, salieron disparados, unos para un lado y otros para otro.... La *maistra* golpeó la regla contra la palma de su mano izquierda, para imponer el orden. Los muchachos formaron nuevamente de dos en dos. La orden se repitió, y esta vez sí salieron los patojos con rumbo al centro de la plaza, en donde el *jierro* no dejaba de sonar....tan..tan....tan.... Daba sueño aquel monótono sonido, pausado.... persistente.... necio....

Poco a poco la plazoleta fué llenándose de gente, habían venido de diferentes aldeas y caseríos; los cipotes de la escuelita rodearon el árbol. Dos guitarras y una bandolina atacaron el Himno Nacional, y a un movimiento de la regla de la *maistra* los alumnos lo cantaron; como un ventarrón las voces de los niños desentonaron a más y mejor; todos los sombreros de palma se vinieron abajo; las voces de los niños, destempladas y sin entusiasmo se hicieron una sola licoca....

De la pulpería de ña Felipa salió un perro espantado dando grandes alaridos; cuando terminó el himno, don Prudencio, Alcalde del pueblo, encaramado en un taburete, tomó la palabra; se arremangó los puños del saco de *cabeza de perro* musgo y almidonado, y desalojando un gargajo de su garganta ruda, comenzó su discurso:

«Señores.... Señoritas.... Señoras.... niñas y niños: Estimada *concurrión*: Hoy estamos celebrando el cumpleaños de la patria, un nuevo año de habernos sacudido el yugo de la *enquisición* española.... somos libres y *juertes*.... y naide osará poner los caites

D A N I E L L A I N E Z

a nuestros derechos de hombres libres y *mancipados*. Aquí todos somos iguales; ya a *naide* se le pone el *jierro* como a puro ganado, como lo hacían *enantes*. . . . Todos tenemos derecho a la *divierta* y al trabajo. . . .»

El orador fué interrumpido por un ciclón de aplausos; un centenar de sombreros de palma voló por el aire, era una tromba de entusiasmo. . . . Don Prudencio, embutido en su almidonado traje musgo, por primera vez en su vida se sentía el hombre más importante del mundo; cuando hubo pasado el ciclón de aplausos, don Prudencio con voz de trueno puso fin a su discurso con los siguientes gritos:

—¡Ya sabéis, pueblo imbécil! ¡Sóis libreeesssss! ¡Libre y soberanoooo! ¡Viva nuestro libertador Cristóbal Colónnnn. . . .! ¡Viva quien nos *escribonió*, nuestra carta de libertad, José Cecilio del Valleee! ¡Y viva la otoridá de este pueblooooo!»

Cuatro mechachúcaras se le vinieron a la frente al Castelar pueblerino; los ojos por el efecto del alcohol y el desvelo, parecían dos tasajos de carne cruda. . . . los bigotes de oriental se le habían erizado de entusiasmo. . . .

De pronto, en la agencia fiscal de ñor Indalecio, hubo un desbarajuste de gente, las mujeres corrían atropelladamente dando grandes alaridos; ñor Indalecio salió a la calle pidiendo socorro; la *gresca* era de las gordas. . . . Vicente Andino y Salvador Maradiaga, a punta de cuchillo, dirimían, sus rencillas personales. . . . los dos hombres como bestias salieron a la calle; la casa en donde estaba la agencia, resultaba demasiado estrecha para lucir sus habilidades de cuchilleros profesionales. . . . Las dagas brillaban al sol como relámpagos en noche de tormenta. . . . A Vicente le sangraba la cara y a Salvador el pecho. A los gritos de ñor Indalecio llegaron los auxiliares y un grupo de la cívica; enarbolaron los garrotes y pusieron en paz a los contendientes, los sujetaron bien y los condujeron a la cárcel.

AL CALOR DEL FOGON

El Alcalde seguía discursiando en la inauguración del Presidio; era un edificio de regulares dimensiones, de adobe, alto y sólido; las bartolinas bien ventiladas y aseadas; enrejadas con fuertes barrotes de acero.

«Señores Señoritas Señoras Niños y Niñas Estimada *concurrión*: Este es un *modimiento* de progreso; ayer se inauguró el agua Hoy un presidio mañana será un Cementerio y así, poco a poco, iremos arreglando este *páís* Ya lo sabéis, obras son amores y lo demás puras babosadas

La salva de aplausos fué atronadora; el orador lanzó un escupitajo achocolatado. En la bartolina del nuevo Presidio hablaban cordialmente, como si no les hubiera pasado nada, Vicente y Salvador; habían llegado a un acuerdo, la sangría les había sido provechosa, ahora miraban las cosas claras, clarísimas Era una estupidez pelear por refajos

—Mirá, Vicente, vos tenés la culpa de que estemos *encholpados* ¡Quién peleya por mujeres malas, por *cueros peseteros*!

—Sí, Salvador, pero a uno no le gusta que lo *palanqueyen* con los cueros que consigue, seyan peseteros o como seyan Eso dejémoselo a Dios

—No, Salvador, yo no *tey palanquiado* lo que pasa es que vos sós muy creído de cuentos

Salvador, de pie dibujaba extrañas figuras con la punta de sus toscos caites, con la mirada puesta en los grandes y rojos ladrillos de la bartolina por último dice:

—Bueno, Vicente, esto ya pasó; dejemos de remover la *caca* porque *jiede* mucho; no fué nada; hagámos como los gatos; tapémosla con tierra y san siacabó

De pronto, Vicente, como despertando de un largo sueño, le dice a Salvador:

—Afiguráte si no somos *lecheros* para lo malo; inaugurar con nosotros el Presidio.... ese es el colmo de la tuerce.... Y si a estos puñeteros se les antoja inaugurar hoy el Cementerio, te aseguro que nosotros hubiéramos sido los *dijuntos*.

--Ja....ja....ja.... No sea papo, chero.... cómo se *afigura* semejante babosada....

En la plaza los anillos de sonido, seguían rompiendo el silencio....tan....tan....tan.... Mientras en un rincón de la bartolina, hechos un nudo, los dos borrachos pendencieros dormían la *juma*.

AL CALOR DEL FOGÓN**INDICE**

	<u>Páginas</u>
<i>Al Marqués de Santillana</i>	3
<i>Serrana</i>	5
<i>P'qué venís con cuentos</i>	7
<i>Agora y'es tarde</i>	9
<i>Lamentos de India</i>	11
<i>Presentimiento</i>	13
<i>Venganza</i>	15
<i>Antoñito</i>	17
<i>Celos</i>	19
<i>Soy tan Sencillo</i>	21
<i>La Muchacha del Rancho</i>	22
<i>Aldeanita</i>	25
<i>Día de Difuntos en la Aldea</i>	27
<i>La Romería de Juan</i>	29
<i>Recoja Usté su Arado</i>	31
<i>Me van a Pelder el Miedo</i>	33
<i>Romance de la Ranchera Ilusionada</i>	37
<i>Hoy entró la Primavera en la Ciudad</i>	39
<i>También entró a la Oficina</i>	41
<i>Qué tuviste</i>	43
<i>Cuando tú sales de Misa</i>	45
<i>Elogio lírico a la humedad de la tortilla</i>	47
<i>Primavera</i>	51

PROSA

<i>Timoteo se Divierte (Sainete)</i>	58
<i>Máximo Tepas</i>	68
<i>El Grencho</i>	69
<i>Silverio Sosa</i>	73
<i>Fiesta Nacional</i>	83

SISTEMA BIBLIOTECARIO
U N A H

25229

861.4

L 186

CH

4275.5
